REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 12 de Mayo | Núm. 17

Año XIII. No. 585

SUMARIO

Un cuarteto de Beethoven

Capítulo XXXVI de la famosa novela *Point Counter Point*, que en sí forma un raro y admirable cuento.

(Traducción de *Salomón de la Selva* para *Repertorio Americano*)

Spandrell insistía tenazmente en que debían ir sin tardanza. No había sino que oír el **heilige Dankgesang eines Genesenen an die Gottheit, in der lydischen Tonart.**

"No entenderéis nada hasta que lo hayáis oído", — declaró. — "Prueba toda suerte de cosas: Dios, el alma, la bondad... irrefutablemente. Es la única prueba cierta que hay, porque Beethoven ha sido el único hombre con poder para darle expresión a lo que él sabía. ¡Debéis venir!"

"Con el mayor gusto",—dijo Rampion,—"pero..."

Spandrell lo interrumpió: "Supe por casualidad",—dijo,—"ayer no más, que el cuarteto en Do menor había sido grabado en discos de gramófono. Corrí y me compré un aparato, y los discos, especialmente para ti".

"¿Para mí? Pero ¿a qué esta liberalidad?..."

"Nada de liberalidad", — respondió Spandrell riéndose.—"Es puro egoísmo. Quiero que oigas y me confirmes en mi opinión".

"Pero ¿por qué?"

"Porque creo en ti, y si tú confirmas, creeré en mí mismo".

"¡Qué hombre!" — exclamó burlonamente Rampion.—"Debieras bautizarte en la Iglesia Católica Romana y tener tu padre confesor".

"Pero **debes** venir",—contestó Spandrell con intensidad.

"Pero no ahora",—dijo Mary.

"Hoy no",—respondió, haciéndole eco, su marido, inquieto en sus adentros ante insistencia tan extraña. ¿Qué demontres le pasaba a Spandrell? Sus movimientos, el tono de su voz, esa luz en su mirada... Toda esa excitación.—"Tengo innumerables cosas que hacer esta tarde". —dijo en voz alta.

"Entonces, mañana".

Rampion se puso a reflexionar como si estuviese ebrio.—"¿Por qué no pasado mañana?"—preguntó en voz alta.— "Me será mucho más fácil y de aquí a entonces no habrá de volar el gramófono".

Spandrell dejó oír su risa sorda.—



Máscara viva de *Aldous Huxley*

Por el escultor alemán *Paul Hamann*

"No",—dijo,—"pero **yo** puede que sí. **Yo** puede que haya volado pasado mañana".

"No nos habías dicho que te ibas",— dijo Mary.—"¿Adónde?"

"¡Sabe Dios!"—respondió Spandrell. —"Lo que sí sé, es que ya no estaré aquí".

"Está bien",—dijo Rampion, que había estado observándolo con curiosidad, —"sea mañana".—Pero ¿por qué tan melodramático? se preguntó a sí mismo.

Spandrell se despidió.

"¿Qué le ofuscará?" dijo Rampion cuando se hubo ido Spandrell.

"No me fijé en que estuviese ofuscado", respondió Mary.

Rampion hizo un gesto de impaciencia. "No te fijarías ni en el Juicio Final",—exclamó.—"¿No viste que estaba como queriendo contener su excitación? Como cuando una tetera está hirviendo y la tapa parece querer ahogar el hervor. Y esa risa suya, melodramática. Como el canalla consciente, de un dramón..."

"¿Pero es que estaba representando?" —preguntó Mary.—"¿Se hacía el tonto para divertirnos?"

"¡No, no! Todo él era el espejo de la sinceridad; ya lo creo. Pero cuando verdaderamente se está en el papel del canalla consciente de sí mismo, inevitablemente se comporta uno como canalla consciente. Se representa el papel sin uno quererlo".

"¿Pero a qué venía el hacer el papel de canalla consciente?"

"¡Qué diablo voy a saberlo yo!"—dijo Rampion impacientemente. Mary siempre esperaba que, por una misteriosa intuición mágica, él lo supiese todo. Su fe en él a veces le divertía, a veces, le agradaba, pero también, a veces, le irritaba.—"¿Me tomas por el confesor de Spandrell?" dijo.

"¡No veo que haya de qué enojarse!"

"Al contrario",—dijo Rampion,—"no hay razón ninguna para enojo. Si uno se domina la ira, es porque vive la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados a medio dormir. Si uno se mantuviese despierto, ¡Dios santo! ¡No habría muchos platos sin romper!" y se dirigió a grandes pasos a su estudio.

Spandrell tomó rumbo al oriente de Chelsea, andando lentamente a lo largo del río, silbando para sí una y otra vez las frases iniciales de la melodía lydia del **heilige Damkgesang.** Una y otra y otra vez. El río se dilataba a lo lejos bajo el bochorno. La música era como un agua en tierra seca. Después de muchos años de sequía, un ojo de agua, un manantial. Una regadera pública pasó fragorosamente, arrastrando su chaparrón artificial. El polvo, humedecido, olía bien. La música era prueba, como le había dicho a Rampion. En el arroyo un minúsculo torrente acarreaba a prisa, hacia el albañal, un estrujado envoltorio de ci-

garrillos y una cáscara de naranja. Spandrell dejó de silbar. ¡El horror esencial! Como llevar basura, así había sido aquello en que pensaba. Cosa fea, asquerosa, como limpiar una letrina. Más bien que terrible, había sido estúpido, indescriptiblemente estúpido. La música lo probaba: Dios existía. Pero sólo mientras sonaban los violines. Al levantarse los arcos de las cuerdas, ¿qué entonces? ¡Basura y estupidez, seguía desalmada!

En el Vauxhall Bridge Road compró un paquetín de papel de cartas y sobres, de a chelín. Por el precio de una taza de café y un pastel, alquiló una mesa en un **tea-shop.** Con el cabo de un lápiz escribió: "Al Secretario General, Hermandad de los Britones Libres. Señor,·Mañana, miércoles, a las cinco p. m., el asesino de Everard Webley estará en la casa número 37 de la calle Catskill, S. O. 7. El departamento está en el segundo piso. Es probable que el individuo en persona responda al llamado de la campanilla. Anda armado y está desesperado".

Lo leyó todo y se acordó de aquellas comunicaciones (escritas en tinta roja, para imitar sangre, y bajo influencia de los folletones de **Chums** y el **B. O. P.),** con que él y Pokinghorne Minor habían creído, cuando tenían nueve años de edad, asustar y aterrorizar a Miss Veal, la inspectora en jefe de su escuela preparatoria. Se les había descubierto y llevado ante el director. El Viejo Narices les había dado tres ferulazos a cada uno, en las nalgas. ¡Anda armado y está desesperado! Eso era el purísimo Pokinghorne. Pero si no lo decía así, no llevarían revólveres. Y entonces,—entonces no sucedería lo que él pensaba. No pasaría nada. A despachar la carta, pues. Dobló el pliego y lo puso dentro del sobre. Había en todo esto una bobería esencial, al igual que un asco y una estupidez esenciales. Garabateó la dirección.

———

"Bueno, aquí nos tienes",—dijo Rampion cuando Spandrell les abrió, a la tarde siguiente.—"¿Dónde está ese Beethoven? ¡A ver la famosa prueba de la existencia de Dios y de la superioridad de la moral de Jesús!"

"Aquí".—Y Spandrell los condujo al **sitting-room.** El gramófono estaba sobre la mesa. Cerca había, desparramados, cuatro o cinco discos.—"Aquí está el comienzo del movimiento lento",—prosiguió Spandrell, tomando uno de los discos.—"No os aburriré con lo demás del cuarteto. Es lindo todo. Pero el **heilige Dankgesang** es la parte de prueba".

Le dió cuerda a la máquina. El disco comenzó a girar. Bajó la aguja de la caja fonética sobre la estriada superficie. Un solo violín dio una larga nota, luego otra un sexto más alto y bajó a la quinta mientras el segundo violín comenzaba donde el primero había principiado; luego, de un golpe, subió a la octava y se quedó allí en suspenso la duración de dos compases largos. Hacía más de cien años que Beethoven, sordo como una piedra, había oído la música imaginaria de instrumentos de cuerda que expresaba sus pensamientos y sentimientos más profundos. Había puesto unas cifras en tinta, sobre papel rayado. Un siglo después, cuatro húngaros habían reproducido, leyendo una copia impresa de los garabatos de Beethoven, aquella música que el compositor no había oído nunca sino en su imaginación. Estrías en espiral sobre una superficie de shellac recordaban la ejecución de los húngaros. La memoria artificial daba vueltas. Una aguja raspaba en las estrías, y, por encima de su vago rasgueo y fragor, que parecía imitar la sordera de Beethoven, los símbolos sonoros de las convicciones y emociones del músico vibraron hacia el aire. Lentamente, lentamente, la melodía iba desenvolviéndose. Las arcaicas armonías lydias se quedaban en suspenso en el aire. Era una música desapasionada, transparente, pura y cristalina, como un mar tropical, como un lago alpino. Agua sobre agua, calma resbalándose sobre calma; acuerdos de horizontes a un mismo nivel, y de extensiones sin ondas: Un contrapunto de serenidades. Y todo claro y brillante; nada de nieblas, nada de medias luces vagas. Era la calma de una contemplación callada y extática, que no la del adormecimiento o del sueño. Era la serenidad del convaleciente que despierta de la fiebre y se halla, nacido de nuevo, en un mundo de belleza. Pero la fiebre era "the fever called living" (1) y el renacer no era en este mundo, la belleza era extraterrestre; la serenidad convaleciente era la paz de Dios. El enlace de melodías lydias era la gloria.

Treinta compases lentos habían edificado el cielo cuando el carácter de la música cambió repentinamente. De remotamente arcaica que era, se hizo moderna. A las armonías lydias siguieron las de la correspondiente clave en mayor. El tempo se avivó. Una nueva melodía saltó y rebotó, pero sobre montañas terrenales que ya no sobre las del Paraíso.

"Neue Kraft Fühlend",—dijo en voz baja Spandrell, citando la leyenda de la partitura.—"Se siente más fuerte; pero ya no es tan divino".

La nueva melodía rebotó a lo largo de unos cincuenta compases más y expiró en rasgueos. Spandrell levantó la aguja y detuvo la revolución del disco.

"La parte lydia comienza de nuevo al otro lado",—explicó mientras le daba cuerda a la máquina.—"Luego sigue más de esta cosa vivaz en Do mayor. Después, todo es lydio, hasta el fin, de mejor en mejor. ¿No te parece maravilloso?"—Y se dirigió a Rampion.—"¿No te parece que es prueba?"

El otro asintió con la cabeza: "Maravilloso", — dijo. — "Pero lo único que prueba, que yo pueda oír, es que los enfermos tienden a debilitarse. Ese arte es el del hombre que ha perdido su cuerpo".

"¡Pero que se ha hallado el alma!"

"Claro: convengo",—dijo Rampion,—"en que los enfermos son muy espirituales. Pero es que no son hombres completos. Los eunucos son amantes muy espirituales, por la misma razón".

"¡Pero Beethoven no era eunuco!"

"Lo sé. ¿Pero a qué esforzarse para serlo? ¿Por qué hizo de la castración y de la descorporización su ideal? ¿Qué es esta música? Nada sino un mero himno en loor del eunuquismo. Muy bello, convengo en ello. Pero ¿no pudo haber escogido algo más humano, para cantar, que la castración?"

Spandrell suspiró: "Para mí es visión beatífica; es el cielo".

"Una cosa es seguro, y es que no es la tierra. Y de ello es que me he venido quejando".

"Pero ¿no se puede uno imaginar el cielo si uno quiere?" preguntó Mary.

"Seguramente, sí; pero sólo mientras no pretendáis que vuestra imaginación es la última palabra que hay que decir respecto de la verdad y de la belleza, de la virtud, de la sabiduría y lo demás. Spandrell quiere que aceptemos como fallo final ese eunuquismo descorporado. Yo no; yo sencillamente me niego a eso".

"Oye el movimiento entero antes de juzgar"—dijo Spandrell; volteó el disco y bajó la aguja. El cielo brillante de la música lydia vibró en el aire.

"Lindo, lindo",—dijo Rampion, cuando el disco llegó al fin.—"Tienes razón. Es el cielo de veras, es la vida del alma. Es la más perfecta abstracción espiritual a la realidad, que jamás haya conocido yo. Pero ¿por qué quiso Beethoven hacer semejante abstracción? ¿Por qué no pudo estarse contento con ser hombre y no un alma abstracta? ¿Por qué?"—Rampion comenzó a pasearse de uno al otro extremo del salón.—"Esta maldita alma"—prosiguió, — "esta maldita alma abstracta... es como una especie de cáncer, que se come la realidad natural, humana, verdadera, dilatándose y dilatándose a costa suya. ¿Por qué no pudo estarse contento con la realidad, tu estúpido Beethoven viejo? ¿Por qué se vio obligado a sustituir por lo natural, cálido y cierto, este cáncer abstracto del alma? El cáncer puede que tenga bella forma; pero, qué demonios, ¡el cuerpo humano es más hermoso! No me gusta tu cáncer espiritual".

"No discutiré lo que me dices", dijo Spandrell. Se sintió de súbito extraordinariamente cansado y deprimido. Había resultado un fracaso. Rampión se negó a dejarse convencer. ¿Sería la prueba, al fin de todo, prueba ninguna? ¿Se referiría la música a nada fuera de sí misma y de las idiosincrasias de su inventor? Miró su reloj: Eran casi las cinco.—"¡Oye el final del movimiento, de todos modos",—dijo.—"Es la mejor parte".—Le dio cuerda al gramófono. Aunque le falte significado, pensó, esto es bello, mientras dura. ¡Y tal vez tenga significado! Después de todo, Rampion no es infalible.—"Oye".

La música comenzó otra vez. Pero algo nuevo y maravilloso había ocurrido en su cielo lydio. Duplicóse la velocidad de la melodía lenta; sus rasgos se aclararon y definieron; una parte recóndita comenzó a oírse con insistencia en una frase palpitante. Era como si el cielo se hubiese vuelto repentina e imposiblemente más celestial, hubiese pasado de una perfección lograda a una perfección aún más honda y más absoluta. Persistía su inefable paz; pero ya no era la paz de la convalescencia y la pasividad. Vibraba, vivía, parecía cre-

———

(1) Verso de Poe: «La fiebre llamada vida», de la poesía *To Annie.—S. de la S.*

...er e intensificarse; se volvió calma activa, una casi apasionada serenidad. La milagrosa paradoja de la vida eterna y el eterno reposo estaba aquí musicalmente lograda.

Escucharon casi reteniendo el aliento. Spandrell miró exultante a su huésped. Sus dudas propias se habían desvanecido. ¿Cómo era posible dejar de creer en algo que allí estaba, que manifiestamente existía? Mark Rampion asintió con la cabeza. "Tú casi me persuades", —dijo en voz baja—"¡Pero esto es demasiado bueno".

"¿Cómo puede haber algo demasiado bueno?"

"Eso no es humano. Si durase dejarías de ser hombre. Morirías".

De nuevo se callaron. La música siguió tocando, yendo de cielo en cielo, de felicidad a felicidad más honda. Spandrell suspiró y cerró los ojos. Tenía el rostro grave y sereno, como si el sueño o la muerte lo hubiesen alisado.—"Sí, la muerte", pensó Rampion que lo miraba.—"Se niega a ser hombre. Hombre no es... será demonio o ángel muerto. Ahora está muerto". Un punto de discorde en las armonías lydias le dio una intensidad casi insoportable a la beatitud. Spandrell suspiró de nuevo. Golpearon, llamando a la puerta. Abrió los ojos. Las arrugas burlonas volvieron a su rostro, las comisuras de su boca se le pusieron irónicas.

"Ahí está, hecho un demonio otra vez",—pensó Rampion.—"Ha vuelto a la vida y es un demonio".

"Ahí están", decía Spandrell, y, sin responder al "¿Quién?" que Mary preguntaba, salió del salón.

Rampion y Mary permanecieron al lado del gramófono, oyendo la revelación del cielo. Una explosión ensordecedora, un grito, otra explosión y otra más, de improviso hizo trizas el paraíso de sonido.

Saltaron y corrieron a la puerta. En el pasadizo tres hombres que vestían el uniforme verde de los Britones Libres miraban el cuerpo de Spandrell. Tenían revólveres en la mano. Otro revólver yacía en el suelo al lado del agonizante. A un lado en la cabeza tenía un agujero, y en la camisa una mancha de sangre. Abría y cerraba las manos, y las volvía a abrir y a cerrar, raspando el piso.

"¿Qué ha...?" comenzó a decir Rampion.

"El disparó primero", dijo uno de los hombres interrumpiéndolo.

Se hizo un corto silencio. Por la puerta abierta venía el sonido de la música. La pasión había comenzado a desleírse en la melodía celestial. El cielo, en aquellas notas dilatadas, se volvió de nuevo lugar de descanso absoluto, de inmóvil y beatífica convalescencia. Largas notas, un acorde repetido, dilatado, brillante y puro, colgante, flotante, remontándose sin esfuerzo alguno, más y más. Y de pronto ya no hubo más música; sólo el rasgueo de la aguja en el disco que seguía girando.

Aldous Huxley

La Iglesia y la guerra (1)

Autoridad legal

(Véanse los números 12, 14 y 16)

La primera condición se dirige contra "el derecho del puño"—la mano de hierro—que prevalecía en la edad media, por el cual cada pequeño príncipe o ciudadano particular creíase autorizado para hacer la guerra.

Santo Tomás dice que los individuos particulares, por quienes significa todos aquellos que están bajo autoridad terrestre, deben pedir justicia de esa autoridad. Y en esto se basa la justificación de la guerra:

Puede ser legal para un Estado el valerse de la guerra sólo cuando no tiene autoridad de la que dependa a la cual pedirle justicia.

Una corte internacional, con autoridad sobre todos los Estados, y cuyo objeto fuese mantener la paz, sería la palanca de Arquímedes por medio de la cual podríase elevar el mundo entero por encima de la guerra y su miserable imitación de justicia.

Dado el **judicium superioris** de Santo Tomás, dotado de la autoridad necesaria y de la fuerza suficiente, quedaría abolida la guerra como medio de defensa propia nacional.

Hasta que tengamos una corte así, quien tenga a su cargo velar por un Estado debe protegerlo y defenderlo de sus enemigos internos y castigarlos con la espada. San Pablo dice (Rom. XIII. 4): "Las potestades superiores no en vano traen la espada, pues son ministros de Dios: vengadores en ira contra aquel que hace lo malo", y así también deben los magistrados del Estado defender su guarda contra las agresiones exteriores.

Hay un segundo punto sobre el cual el derecho de hacer la guerra se mantiene o cae,—¡y en opinión de muchos ha caído! Max Scheler dice: "Muchos consideran insostenible el concepto tomista de una guerra punitiva (**bellum punitionis**), pero Kant tiene razón en estar en desacuerdo" (2). ¿Y por qué? "Porque entre los Estados no se guarda la relación de superior y subordinado" (3).

Los escolásticos reconocen la objeción de que una Potencia o Estado carece de jurisdicción sobre otro Estado. Cayetano replica que el derecho de un Estado a castigar a sus súbditos es indudable, y que "los extranjeros también deben someterse a castigo si han pecado contra un Estado, porque todo Estado debe salvaguardar su propio bienestar. Si a un Estado le faltase el derecho de castigar a pueblos y príncipes extranjeros, sería incompleto e imperfecto, pues los tiranos, ladrones, asesinos y criminales de todas clases, que como ciudadanos de otros Estados han hecho el mal, evadirían todo castigo y al orden nacional le faltarían precisamente las tres cosas que le son de mayor importancia" (4).

(1) En esta entrega se discuten las tres condiciones que a juicio de Santo Tomás de Aquino, Francisco de Victoria, O. P. y Francisco Suárez, S. J., son necesarias para que sea justa una guerra de agresión.
(2) *Zum Ewigen Frieden*, 6. *Präliminarartikel.*
(3) Scheler: *op. cit.*
(4) Cayetano: *Summa S. Thomae* Com. II. II. IIae qu. 40.

Suárez cita el Antiguo Testamento, en aquellos pasajes en que Dios ordena, guerras para el castigo de naciones culpables (1).

La comparación con un mandato directo de Dios no debe tomarse literalmente, pues se refiere únicamente al Estado que, de conformidad con la regla de Dios, es "una comunidad perfecta". Un Estado semejante debe, desde luego, tener los derechos necesarios para su bienestar. El derecho de castigar al enemigo extraño ¿se extenderá hasta guardarse contra guerras de agresión—esto es, llegará hasta abarcar guerras de defensa? Si esto se concede, ¿cómo se reconcilia con la enseñanza escolástica de que el enemigo que merezca el castigo no debe defenderse sino que debe aceptarlo como un acto de justicia?

Este problema de la guerra punitiva va más allá. Levanta un gran problema: ¿Puede establecerse la culpabilidad del otro Estado? ¿Y a quién le corresponde establecerla? En algunos casos, desde luego, no cabe duda ninguna: ¿Pero es ello lo corriente? No obstante lo cual, de conformidad con los escolásticos, la culpabilidad fuera de toda duda es, primeramente, la única razón que puede justificar una guerra de agresión; y, en segundo lugar, la culpabilidad debe recaer íntegra y exclusivamente sobre el Estado a quien se va a castigar.

BASE JUSTA Y RECTA INTENCION

El segundo requisito que Santo Tomás impone para que una guerra sea permisible es que la asista **"justa causa"**. El conoce una sola: Que aquel a quien se ataque merezca ser atacado, por razón de alguna causa **(ut scilicet illi, qui impugnantur, propter aliquam culpam impugnationem mereantur).** Santo Tomás cita a San Agustín quien define una guerra justa diciendo que es "el vengar la injusticia, cuando un Estado o ciudad ha de ser castigado por que sus habitantes han sido injustos o han dejado de hacer debida restitución" (2).

Francisco de Victoria hace hincapié en que tales actos de injusticia son absolutamente la única justificación de una declaratoria de guerra (3). Y basándose en la autoridad de San Agustín, de Santo Tomás y de todos los Maestros, dice: "La guerra de agresión debe tener como objeto castigar actos injustos. Puede castigarse únicamente cuando se ha cometido alguna falta y se ha hecho daño a los derechos del agresor". Y también dice: "El príncipe no tiene mayor autoridad sobre los extranjeros que sobre sus propios súbditos, empero puede blandir la espada contra ambos igualmente, en castigo de todo acto injusto. Por ley natural es asesinato dar muerte al inocente".

De tales autoridades se desprende

(1) *De Bello*, p. 4.
(2) *Lib. Qualst.*, VI, 10.
(3) *De Bello*. I, 3.

claramente que precisa haber culpabilidad moral para que se justifique una guerra; y ellas nos citan a San Pablo quien nos dice que el mandatario es ayudante de Dios, ejecutor de su venganza sobre el malhechor.

Vanderpol, en su gran obra sobre **La doctrine Scholastique du droit de la guerre,** juzga que la humanidad ha sufrido enorme pérdida habiéndose tenido en desuso y olvido, desde el siglo XVII, la enseñanza escolástica respecto de la guerra y comentando el texto paulino, dice: "Un ministro de Dios"—esto es, un mandatario—"debe castigar sólo en casos en que Dios castigaría — obrando así como vindicador de Su Cólera. Puede, asimismo, castigar sólo a aquellos cuyos actos reclaman la cólera de Dios— los malhechores. No debe jamás hacer sentir su poder en contra de quienes no han pecado".

Toda persona de moralidad y religiosidad que se lamente de la ligereza con que se lanzan los pueblos a la guerra, le agradecerá a Vanderpol el haber llamado la atención hacia la enseñanza de San Pablo y de San Agustín; mas se preguntará si, en vista de la experiencia práctica habida en muchos siglos, son posibles tales teorías.

Primeramente: ¿Qué mandatario o qué Estados se consideran—cuando declaran la guerra—ministros de Dios, vindicadores de Su Cólera?

Luego: ¿Dónde, en qué parte, recae la culpabilidad o reside la inocencia? ¿Cuál es el conflicto en el que una parte tiene absolutamente toda la justicia y la otra, absolutamente también, toda la culpa? ¿Cuáles son, de conformidad con San Agustín y los escolásticos, las condiciones indispensables? ¿Y qué hacemos cuando castigamos a una nación entera? ¿Acaso hay nación entera que sea culpable? Y, finalmente, ¿están estos agresores justos seguros de ser única y exclusivamente vengadores de la cólera de Dios, y seguros de que sólo rectifican tuertos? ¿Tienen seguridad de que su recta y santa misión ha de triuntar, y de que ellos guardarán el verdadero carácter de una justa guerra de agresión?

Estas son preguntas serias de contestar. A la primera podemos decir que no es indispensable que el agresor se dé cuenta exacta de que está en lugar de Dios. Esto es, no quizás en cuanto a los **efectos** de su obra punitiva, pero sí subjetivamente, por vida de la pureza de su propia conciencia y en cuanto respecta a la singularidad de miras con que obrará al ejecutar su terrible tarea. Sólo el General y el Ejército inspirados por algo semejante a la Fe de los antiguos israelitas podrían dar rienda suelta a cosa tan terrible como la guerra, en un espíritu de Dios y no del Demonio.

Y ahora: ¿Dónde, en cuál de las partes, recae la culpabilidad, y cuál es la inocente? ¿O carece acaso de importancia esta cuestión de la culpabilidad de la guerra? Hasta a fines del siglo XVI todos los maestros y teólogos católicos mantuvieron que sólo la culpabilidad moral absolutamente cierta de una de las partes empeñadas en una guerra podía dar a la otra el derecho de guerrear. San Agustín dice: "Para los sabios (los justos y los píos) es la injusticia del contrario lo que hace justa una guerra" (1) y repite: "En una guerra justa la parte contraria pelea del lado del pecado" (2); y, finalmente, dice: "Los buenos, si lo son de veras, no le hacen la guerra a los buenos. Aquellos que pelean son, ora los malos en contra de los buenos, o los buenos en contra de los malos; de manera que jamás son los buenos contra los buenos, nunca los defensores de la justicia contra los defensores de lo justo" (3).

¿Qué ha de ocurrir si es de dudosa asignación la culpabilidad? Aquí opera una clara regla moral: **En caso de positiva duda, no se debe obrar.** Suárez declara que el Estado que declare la guerra no debe tener duda de ninguna especie; las bases de su derecho deben ser claras como la luz del sol. Los errores son inexcusables. Declarar la guerra es dictar sentencia de muerte, y hacer tal cosa en conciencia dubitativa es pecado mortal (4).

Vásquez dice que para llegar a una seguridad, ambas partes deben examinar sus bases mutuamente: No hacerlo es barbarismo puro. ¿Pero quién dejará su causa en manos de su adversario? Ambas partes deben hacerlo, pues Estado ninguno se someterá a su adversario sin reprocidad. En estas circunstancias ¿en qué quedaría la guerra proyectada? En nada, pues cada parte vería que cada quien tiene justicia de su lado, y una guerra justa sería concebible sólo como castigo de la injusticia: En vista de lo cual cada parte reconocería sus culpas. —¡Oh, que pudiera el mundo pensar y obrar con la lógica de los escolásticos y del claustro! ¡Lo debe hacer el mundo! Pero de esto trataremos adelante.

Claro está que semejante doctrina, fuerte pero no amarga, mas tan contraria a la pasión militar y a los llamados intereses de Estado, sería difícil de poner en vigor. La conducta de los Estados y de los mandatarios es tan distinta: Pero, ¿sería imposible llevarlos ante un tribunal moral? ¿Se les debiera permitir hacer la guerra si se logra que confiesen que asiste al contrario derecho bastante para que haya duda respecto de la justicia de su causa propia?

Suárez es el primero que responde afirmativamente—que, si después de examinar el príncipe o mandatario la causa de la disputa, considera que hay más qué decir de parte suya que de la otra parte, entonces se justifica que vaya a la guerra. Suárez aplica por primera vez a la guerra los principios de la justicia distributiva. San Agustín y Santo Tomás aplican estos principios sólo a un acto de justicia vindicatoria. Suárez enseña que un mandatario puede lanzarse a la guerra a sabiendas de que buena parte de la justicia la tiene el contrario, pero siempre que, en conjunto, su parte propia tenga mayor cantidad de justicia! Aquí tenemos el primer relajamiento de la vieja y estricta moral de la guerra. ¡Cabe soltar sobre los hombres los terrores de la guerra porque, al pesar la justicia, el fiel de la balanza se inclina un pelillo del lado del agresor!

(1) *De civ. Dei,* XIX, 7.
(2) *Op. cit.* XIX, 15.
(3) *Op. cit.* XXV, 5.
(4) *Schol. Com, in* II, IIae, qu. 40, art. I, dub. 5.

Aún cuando en tal caso, el pro[...] rez recomienda un árbitro arbitr[...] punto de vista es repelentísimo [...] mantiene fuertemente el caráct[...] tivo del agresor. "Las prueba[...] cuestiones criminales deben ser [...] tes; pero si no se puede comp[...] crimen, hay que presumir la cul[...]

¿Qué es de la justicia cuando [...] viduo o una nación son senten[...] muerte sobre bases de probabl[...] bilidad?

Contra este debilitamiento de [...] ñanza de San Agustín y de Sa[...] más, levantóse viva protesta. [...] especialmente, se opuso a su [...] jesuita: "Nunca—declaró—podr[...] tar semejante enseñanza; antes [...] trario siempre he mantenido s[...] sidad y creo que puede causar [...] des daños al cristianismo. El [...] de la fuerza es sencillamente ur[...] gradación a la barbarie" (2).

Molina fue más allá que Suá[...] Según él, una injusticia **material** [...] te de aquellos que han de ser ag[...] justifica una guerra de agresió[...] cesa el elevado carácter de la [...] como medio de castigar grave[...] **morales.** Es cierto, desde lue[...] en el caso de mera injusticia [...] que Molina tenía en mente, la [...] injusta de algo que pertenece[...] Estado podría ser de importanc[...] deración para éste. Pero esta [...] posesión puede probarse o no [...] probarse. Si se prueba y el Est[...] injustamente posee se niega a h[...] volución de lo indebidamente [...] do, entonces incurre en culpa [...] de conformidad con todas las r[...] la moralidad, hay que atacarlo[...] culpa, en cambio, no puede p[...] entonces no existe ni siquiera ur[...] ticia material, y no hay lugar a[...] El daño de la teoría de la guer[...] ba, precisamente, en la manera [...] dada de obtener prueba directa [...] injusticia verdadera. Una injus[...] concomitante de culpa moral [...] muy dudosa, y la antigua Escue[...] seguramente razón al insistir en [...] compruebe esta culpabilidad m[...] tes de echar sobre los pueblos [...] rrores de la guerra. Después d[...] manosearon y relajaron los pr[...] estrictos de la antigua Escuela, [...] taron las excusas de la guerra [...] hizo más fáciles.

No todos los teólogos de lo[...] XVI y XVII, sin embargo, se ap[...] de la vieja enseñanza, más perfe[...] la nueva, de San Agustín y Sa[...] más. Silvio (1648) en partic[...] mantuvo fiel a sus principios, [...] "Cuando es cuestión de poner [...] gro la vida de masas de hombres [...] todo que ofrezca mayores segu[...] es el que debe escogerse. Si se [...] posesión, no se está obligado a [...] poseído, pero sí a discutir el asu[...] el adversario, a recibir sus emba[...] y a oír sus proposiciones". La [...] Escuela, empero, ha desplegado [...] tividad en su enseñanza. Se ha [...] a considerar la guerra como fur[...] justicia conmutativa.

(1) *De Bello,* 7.
(2) *Com. in Summa St. Thomas, Disp.* 6[...]
(3) *De Justitia et jure,* Paris, 1602, Tom. I, [...]

lerpol, al contrario, demuestra
il es, sobre tales bases, justifi-
guerra emprendida por justa
nguna: Por ejemplo, para man-
llamado equilibrio del poder, o
ar el ensanche de un Estado ve-
Esto es tanto más importante
ue no hallamos en autores mo-
palabra alguna respecto de la
dad moral que debe castigarse
la guerra. Tan lejos se había
al sendero que, en el siglo XIX,
escribió que "la guerra se jus-
si se hacía "necesario" que una
se defendiera contra una inva-
ien destruyese cualquiera oposi-
ejercicio de sus derechos" (1).
ntamos, ¿**qué** derechos?
a todas estas preguntas, ¿cuál
titud de San Alfonso Ligorio?
e a la nueva Escuela y adopta
tos de vista—especialmente los
nbaum — pero simpatiza con
que creen que una declaratoria
a es tan seria que se la puede
sólo si no hay género de duda
especto de la justicia de la cau-
se sostiene. Dice: "La guerra
sigo tales males,—le acarrea tal
la Religión y a los inocentes,—
a práctica, a duras penas se jus-
jamás" (2).
erando los terrores de los mé-
odernos de la guerra y sus re-
, y considerando también que
a Católica **en su carácter de tal**
enseñanza definida respecto de
a, seguramente que será permi-
mar una actitud respecto de la
ción de la guerra que la restrin-
is posible. Este libro se aferra
amente a la enseñanza de San
y de Santo Tomás. La deduc-
obtenemos de esa enseñanza—
guerra de agresión es tolerable
nte cuando de la culpabilidad
rsario se tiene seguridad abso-
que una guerra **justa** de agre-
nas es posible.
sta causa debe contener dos ras-
nciales: La existencia de culpa
el conocimiento ciertísimo de
pa. Una culpa meramente judi-
aterial—una culpa inconsciente,
-no es bastante. No constituye
o malo. Quienes la cometen no
hechores. Las leyes de la natu-
rohiben que a tales se les de-
guerra. Ciertamente hay que
del mundo las malas fechorías,
guerra no es el modo de lograr-
e nos dice que esto establece un
stado de cosas, podemos contes-
la verdad que la guerra hace
to mucho más desastrosamente.
ner término, ir a la guerra por
sa de injusticia material, es in-
sólo la empeora; en segundo
, es seguramente incierto si se
rá la injusticia, y, como medio
uir la injusticia moral, la guerra
racaso.
antes de que pueda ser sana, la
idad moral requiere cura igual
ormidad. Sería crimen arrojarse
uerra inconsideradamente, aun
se hubiese comprobado, fuera de toda duda, que la culpa la tenía el contrario. El castigo ha de ser, hasta cuanto sea posible en la justicia mundana, proporcional a la culpa moral. Por ejemplo, se asesina a un mandatario o príncipe. Este es un gran crimen cometido contra un Estado por razones políticas. ¿Le corresponde al Estado agravado hacer inmediata declaratoria de guerra o siquiera dirigir corto e imposible ultimátum? A causa de que un criminal, o de que un grupo de criminales, comete un crimen, ¿habráse de castigar a millones de gente inocente, empleándose para ello los medios más terribles? ¿Recaerían esos sufrimientos en los verdaderos asesinos? Aún suponiendo que la parte agravada triunfase, ¿se aplacaría la justicia con haber muerto en su nombre a millones de hombres inocentes y con haber lisiado a otros millones para toda la vida; con haber dejado multitud de viudas, y multitud de huérfanos, y con haber destruido incontable riqueza? La realidad de esto, aunque no cupiese ni sombra de duda respecto de la culpabilidad del Estado conquistado, parece sencillamente la negación de los instintos humanos de la justicia. En vez de semejante guerra justa, ¿no sería mejor esto que a seguida expongo?

Que se requiera al Estado responsable del asesinato político, que castigue al asesino. Si ello se hace debidamente, no habría causa por la cual ir a la guerra. Si no se hace así, debiera llamarse al pueblo a un **referendum,** y, en los tiempos que corren, el pueblo puede, prácticamente obligar al Gobierno a hacer lo que le diga. En este caso se le diría al Gobierno que castigue al asesino y que dé las más amplias satisfacciones que pueda. Sólo que la mayoría rehusase dar esas satisfacciones, esto es, que se pusiese del lado del asesino, surgiría la cuestión de la guerra como castigo de una culpa moral: Y en tales circunstancias, cuando se arrastre a un país a la guerra, sus habitantes tendrían pleno derecho para negarse a prestar servicio militar.

Pero la justicia también impone una fuerte responsabilidad sobre la parte contraria antes de que se atreva a ocurrir a la guerra. Como la guerra de veras significa penitencia, no se debe ir a ella a menos que se tenga siquiera una seguridad moderada de lograr el triunfo. De ahí que Cayetano y Victoria mantengan que no debe iniciarse guerra ninguna a menos que quien ataque tenga seguridad moral de que saldrá triunfante.

Este punto que sigue merece atención especial: Victoria enseña que una población o provincia tiene el derecho de reconquista, y, ello no obstante, prohíbese la guerra por razón de sus desastrosos resultados. Como hemos visto, a la guerra hay que ir sólo en servicio del interés común. Por ejemplo, si es posible reconquistar una población sólo a costa de enormes males, causándole daño a muchas otras poblaciones, dándole muerte a incontables hombres, en los cuales casos es probable que la recaptura cause enemistad entre príncipes y resulte en otras guerras, o si ella daña a la Iglesia, entonces el príncipe debe indiscutiblemente abandonar tal empresa bélica aun cuando uno de los resultados que esperase obtener fuese la conversión de los infieles.

Por ejemplo: Supongamos que el Rey de Francia tuviese derechos sobre la Provincia de Milán, pero que, para hacer válidos esos derechos se hiciese necesario ir a la guerra—bien, si esta guerra fuese a acarrearles grandes tribulaciones y sufrimientos a Francia y a Milán, no le sería permitido al Rey ir a la guerra, pues ello sería permisible sólo que pudiese acarrearles ventajas a Milán y a Francia. Si, al contrario de esa condición, la tal guerra, lo que acarrease fuese males, no sería ya una guerra justa. No es justa aquella guerra, aunque emprendida por **justa causa,** que evidentemente resulte en mayor mal que bien para el Estado. El Estado tiene derecho a declarar guerra sólo para protegerse a sí mismo y en defensa de sí mismo y de su propiedad. Si una guerra ha de traer consigo la debilitación del Estado, entonces es injusta, no importa qué Rey o qué Estado la hayan declarado".

El pensamiento que sirve de hilo conductor de su libro, es la necesidad de que haya Unión y consideración mutua en el Cuerpo Místico de Cristo, y Victoria lo trata de este modo: "Una provincia cristiana es parte de un Estado, un Estado es parte del mundo total: De manera que si una guerra aprovecha a una provincia o a un Estado, pero daña al mundo entero o a la cristiandad, considero que tal guerra es injusta".

Así limita la Escuela de San Agustín y Santo Tomás el derecho de un Estado a declarar la guerra aun cuando la culpabilidad del contrario sea cosa clara.

Franziskus Stratmann, O. P.

(Continuará en la próxima entrega).

sset, *Theol. mor.*, 1845.
III, Tratado IV, Nh. 404.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

La enseñanza de la Historia Patria

= Envío del autor =

No cabe duda que uno de los cursos más delicados que se le pueden confiar a un profesor es el de Historia Patria.

Su estudio tiene una enorme importancia en la formación de la conciencia nacional y quien no conozca la historia de su país, difícilmente podrá amarlo, porque el amor a lo patrio no siempre es un sentimiento innato en el hombre y, antes bien, es en ocasiones, sutil apariencia que se desvanece y apaga cuando se tienen ante sí las ajenas grandezas y no se repara en las propias, empequeñecidas, más por la ignorancia y el desconocimiento que por la realidad, ya que ningún país, por pobre que sea, que se honre llamando Madre Patria a España podrá humillarse o encogerse si parangona sus gloriosas tradiciones con las de otros pueblos de la Tierra.

Amenazados por peligrosas corrientes históricas los pueblos centroamericanos, mayor habrá de ser el empeño de las instituciones docentes en que la conciencia nacional, rudimentariamente formada en algunos de ellos, se robustezca y fortifique, y ello no es posible con el menosprecio y el olvido de lo propio y el aplauso y el ditirambo constantes para lo ajeno. No se interprete lo dicho en el peor de los sentidos en que cabría interpretarlo suponiendo que el estudio de la Historia Patria está destinado a hinchar lo nuestro con relleno de papeles inútiles o de trapos desechados y a vituperar lo ajeno reduciéndolo en la forma de quien viese las cosas con un anteojo al revés. La grandeza patria no proviene de la pequeñez o miseria de las patrias de otros hombres, sino de la riqueza y abastecimiento con que la nuestra se prepara para librar las luchas del porvenir y para cumplir su evolución histórica en provecho de la especie humana, aportando la contribución que sus destinos le señalen.

Así que si el desempeño de la cátedra de Historia Patria requiere en el profesor la percepción clara de la importancia aneja a su ministerio, oblígalo también a realizar profunda labor de investigación personal, incentivo y estímulo para los profesores estudiosos, alentados de nobles ambiciones, y obstáculo desproporcionado para los abúlicos y desamorados de las cosas patrias. Ocurre también que fuera de las obras de Fernández Guardia, de Montero Barrantes y otras, de todos conocidas pero por pocos consultadas, no existe una obra que le dé a estos últimos profesores el material listo y digerido, a manera de la pitanza que da el pelícano a sus hijos, de lo cual depende que no realizando el profesor investigación alguna, mal la van a realizar los discípulos, que llegan a catalogar la asignatura a la par de las más antipáticas y soporíferas del programa. Claro está que con tales catedráticos no hay texto que sirva, olvidándose los que con ello se excusan que de la simple glosa de las **Pandectas** derivó Bartolo, en la Universidad de Bolonia, nada menos que el Derecho Internacional.

Por otra parte resulta aventurado confiar la cátedra de Historia Patria a quien no tenga nociones de Historia General. Resulta, cuando así se procede, que el profesor no sabe darle al fenómeno histórico local el valor que tiene como fenómeno histórico universal y humano, lo cual condúcelo en ocasiones a considerar determinados acontecimientos como originales y peculiares del país sin para mientes en que no son sino la resultan te de una ley histórica que se cumple e los lugares más variados del globo, o e países afines o hermanos.

Las consecuencias del hecho heroic de Juan Santamaría no podría medirla el alumno si el profesor ignora la histo ria norteamericana y desconoce el pro blema de la esclavitud negra y el pro ceso histórico que dió por resultado l anexión de Tejas, y que habría acarrea do también la de Centro América, con sa crificio de nuestra soberanía y de nues tras tradiciones hispánicas, aconteci mientos cuyo estudio es de reducido pro vecho si no se hace con una percepció amplia y general.

¿Y si el acontecimiento histórico fue re peculiar de Costa Rica, cómo habrí de saberlo quien no ha hecho el estudi de la Historia Universal, y cómo habí de investigar, ya que no descubrir, la razones por las que el hecho se ha rea lizado circunscribiéndose a los término del país?

Por otra parte el estudio de la histo ria es cada vez más científico y háces todos los días más exacto y ceñido. Pa saron ya los tiempos en que al historia dor se le perdonaba todo a trueque d que escribiera con donaire, aunque mez clara la patraña con la verdad. Tal ten dencia moderna exige del profesor ma yor trabajo de investigación y profund honradez docente. Esta última exigen cia de su apostolado tiene que llevarl a buscar la verdad y a rectificar no sól los conceptos ajenos, lo cual puede e ocasiones ser tarea grata, sino tambié los de propia cosecha, lo cual casi siem pre resulta enfadoso. Esa misma ten dencia tiene que llevarlo a seleccionar e la materia que enseña aquellos datos d verdadera importancia y a prescindir d los que la tienen escasa o ninguna, par lo cual habrá de atender a los hechos instituciones de cuyas consecuencias herencia derivamos no sólo el caudal de presente sino las posibilidades del futuro

Escasa importancia tendrá saber qu el gobernador don Francisco Sáenz Vás quez sirviera en sus mocedades en el Re gimiento de Fuenterrabía,—como no se para justificar la pericia militar y acti vidad de que hizo gala combatiendo a los piratas,—e ignorar las estadística que tan acuciosamente hacían las auto ridades de la Colonia sobre el númer de habitantes de las poblaciones, divi diéndolos conforme a su filiación étnic en españoles, pardos e indios, puesto qu esta circunstancia es de capital impor tancia para conocer muchas de las ca racterísticas del conglomerado social cos tarricense. Así, mil detalles se retiene y son motivo de severos exámenes par los estudiantes, y hechos históricos d importancia resultan desconocidos par el alumno y no son sino superficialmen te comentados en clase.

Tanto los profesores como los alum nos de los colegios de segunda enseñan za deben proponerse construir la histo ria de la cultura costarricense, para l cual deben confiar únicamente en su propias fuerzas, ya que el Estado por ra zones de economía y por otras que n son de economía, no fomenta ni proteg entre nosotros el estudio de la histori

ni de la geografía patrias, al punto de que quienes cultivan estas ciencias deben editar con sus recursos las obras fruto de sus investigaciones, y con decir que son profesores los que tal hacen, está dicho cuán magros son esos recursos.

La búsqueda y recolección del material histórico necesario para formar en cada colegio un museo que tenga entre sus secciones por ejemplo, la historia del traje, de la habitación y del mueble en Costa Rica es tarea en que deben colaborar alumnos y profesores para propio provecho y para provecho de la República.

Este empeño es tanto más meritorio y digno de encomio cuanto que no es dable suponer que la historia de la cultura costarricense pueda escribirse sin que previamente esté reunido el material que ha de servir al historiador para el desarrollo de su obra, y si se le impusiera a éste, por desidia de la mayoría, la tarea de recogerlo, se le gravaría con una carga que difícilmente podría llevar, resultando, a la postre, una producción incompleta.

De lo dicho se desprende que el profesor de Historia Patria y sus alumnos no encontrarán listo y ordenado el material de enseñanza ni escrita la obra de historia que sin esfuerzos les ha de dar los conocimientos y la conciencia histórica que ansíen. Tendrán mayores incomodidades que los estudiantes europeos que cuanto requieren sobre la materia tiénenlo a su disposición, y menores que los estudiantes de otros países hispanoamericanos donde el estudio de la historia es aún harto deficiente. Contamos nosotros con la **Cartilla Histórica** del señor Fernández Guardia y es esta obra, escrita con sencilla elegancia, de insuperable utilidad para nuestros colegios, pero muy mal profesor será el que se atenga exclusivamente al texto y no procure ampliarlo y comentarlo con independencia.

En lo tocante a la Costa Rica precolombina y a nuestros aborígenes considero absolutamente indispensable que el profesor conozca las civilizaciones inca, mejicana y chibcha, pues aunque la de nuestros indios parece muy inferior a éstas, sería arriesgado negar que careció de toda relación con las dos que en último término se mencionan.

Además no cabe duda que pueden arrojar mucha luz sobre esa zona tan oscura de nuestro pasado los estudios que se han hecho en los Estados Unidos sobre los pieles rojas, especialmente en lo tocante al **totemismo** y al **shammanismo,** formas del sentimiento religioso de muchos pueblos primitivos. Parece también indispensable que el profesor se refiera a la alfarería indígena, explicando sus orígenes y procedimientos.

Sobre este particular contamos con un Museo Nacional tan rico en ejemplares de cerámica indígena como poco visitado por los estudiantes de Historia Patria. Muchas de las piezas que en él se exhiben tienen gran importancia para el estudio del arte humano en general, como aquéllas, por ejemplo, cuyo dibujo recuerda el tejido de los juncos que se utilizaba para la fabricación de cestos y comprueba que éstos dieron origen a la alfarería cuando se les impermeabilizó revistiéndolos de arcilla. ¿Qué decir de las mazas y hachas de piedra cuya sola vista nos hace regresar pensativos a la casa y nos mueve a estudiar la prehistoria europea para darle a nuestros aborígenes el sitio que les corresponde en el concierto de la evolución de la cultura humana?

La mención de las interesantes teorías expuestas por Gagini en su libro **Los Aborígenes de Costa Rica,** en cuanto a las costumbres, vinculaciones étnicas y origen de éstos; el referirse a la discusión que sobre el mismo tópico tuvo con el laborioso Maestro el señor Fernández Guardia; la lectura de la obra de este último relativa a Talamanca, en lo que toca a las costumbres de sus primitivos habitantes; el hojear siquiera la valiosa obra de Hartman sobre arqueología precolombina; la excavación científica de huacas, tan fácil en un país donde tanto abundan, son cosas que sin mucha pérdida de tiempo pueden hacer los alumnos del V año y deben hacer los profesores si desean darle novedad científica a sus cursos.

El estudio de la Conquista y de la Colonización ha de llevar obligadamente al profesor al estudio de la sociedad española y de sus costumbres y características en el siglo XVI.

Siendo el núcleo social predominante en Costa Rica el peninsular, sería descabezar el examen de nuestra evolución cultural prescindir del estudio apuntado que, por otra parte, no ofrece mayor dificultad para el profesor laborioso ya que la amena e interesante lectura de nuestros clásicos del Siglo de Oro habrá de darle una noción muy clara y exacta de las ideas, sentimientos y costumbres de aquellos en su mayoría ganaderos y labradores, que vinieron a establecerse en nuestros valles, trayendo a América, con increíble solicitud y esfuerzo, utensilios, herramientas agrícolas, semillas de toda clase, animales domésticos fundamentos de la riqueza hispanoamericana mientras sus abnegadas mujeres traían junto con la gracia de su tierra los mismos tiestos, vestidos de flores con que adornaran sus casas en Córdoba o en Jerez.

El sentimiento caballeresco, el celo por la honra conyugal, los desafíos al arma blanca, el concepto de la hidalguía y, al mismo tiempo, el trato llano y familiar de los nobles para con los plebeyos y el cariño por el pedazo de tierra cultivada, el amor para los animales domésticos, la dedicación al sembradío y la sencillez de las costumbres que fueron el **ethos** de nuestros antecesores se perfilan aún entre nosotros y son prenda de nuestro porvenir. ¿Cómo no pedirle al profesor de historia que dedique unas cuantas horas al estudio de España, tal y como era en el siglo de la conquista y de la colonización?

Teodoro Picado M.

(Concluirá en la entrega próxima)

De los gusanillos que fueron maestros y colaboradores de un hombre de ciencia sin pretensiones

= *Envío de la autora* =

Al *Dr. Ricardo Moreno Cañas*, a quien recordé al ver el retrato del *Dr. Baer* y al leer más de un detalle de la vida de este hombre admirable.

Hará unos dos años que encontré en una revista un grabado que llamó mucho mi atención: el retrato del doctor William Stevenson Baer, pintado por el artista inglés Harold Knight para un hospital de niños de Baltimore. Este hermoso cuadro me conmovió profundamente. Es el retrato de un hombrazo que se vuelve todo bondad ante la camita de un niño enfermo. Una carota tosca con una seriedad más acogedora que la sonrisa más amable; una gravedad tras la cual uno sabe que no hay mal humor sino apasionamiento; una seriedad hospitalaria como la de la sombra de un árbol corpulento en un día caluroso. Y lo que más me impresionó fueron las grandes manos en las que se siente la fuerza hilarse en seda para apoyarse en el lecho del niño que sufre.

Un día de estos me habló una amiga del interesante artículo que había encontrado en la revista **The Country Gentleman,** sobre un médico norteamericano que había logrado curar la osteomielitis con las cresas (o gusanos como llamamos en Costa Rica a esas larvas) de la moscarda, una mosca un poco mayor que la mosca común, la cual deposita sus huevos en la carne descompuesta. Me prestó la revista y encontré el artículo, ilustrado con el mismo retrato del doctor Baer que tanto me conmoviera en otra ocasión. El artículo es de Paul de Kruif y trae preciosa información sobre el doctor William Stevenson Baer. Está escrito con amorosa devoción.

Y tanto como el retrato, me han conmovido los detalles de esta vida sencilla en la que las distinciones y los honores no logran ahogar la sabia humildad.

El doctor Baer era el médico director de una Escuela Hospital de niños, profesor de cirugía ortopédica de la Escuela de Medicina John Hopkins, y el mismo Presidente de los Estdos Unidos figuraba entre sus clientes. Sin embargo, semejante peso no le impide ponerse en cuatro pies para que los chiquillos de su hospital se le monten en la espalda y olviden en el juego la tristeza de sus huesos enfermos; y cuando se da cuenta de que los gusanos de una mosca son capaces de curar la osteomielitis como no ha podido hacerlo ningún cirujano famoso con sus fierritos y sus antisépticos, busca humildemente la colaboración de las desagradables criaturillas.

Yo siento que hay una armonía perfecta entre las manazas de este hombre que saben posarse sobre las heridas de los niños cuyos huesos han sido atacados por el estafilococo, con la suavidad con que se posa una mariposa en las flores, y el gesto de su inteligencia inclinada con sencillez conmovedora ante la enseñanza que le ofrecen unos gusanillos.



Dr. William Stevenson Baer
(Cuadro de *Harold Knight*)

He aquí como el doctor Baer entra en relación con las cresas de la moscarda: fué por ahí de 1917, durante la Gran Guerra.

Baer es uno de los cirujanos ortopédicos norteamericanos que prestan sus servicios a los heridos en el frente. Estando en Francia, días después de una famosa batalla, encuentra dos soldados heridos que han permanecido sin comer ni beber, ni recibir auxilio alguno durante siete días. Y mal heridos, el hueso de la cadera despedazado, el caso en que el ochenta por ciento no escapa ni aún bajo la asistencia del mejor cirujano. Con todo, no presentan mal color ni señales de fiebre. El doctor Baer levanta con todo cuidado la ropa ensangrentada y sucia, y un espectáculo horrible se presenta a su mirada: dentro de las heridas que llegan hasta el vientre, hierven miles de larvas blancuzcas. Y cosa extraña, cuando se sacan los asquerosos animalillos, no se ve la menor señal de pús, de huesos podridos, ni de carne descompuesta: en los dos poilus, las heridas están limpias, tienen un hermoso rojo vivo. Frente a semejante hecho, el doctor Baer abre de par en par sus ojos y se pone a pensar... Se dice a sí mismo que los gusanos se han comido los tejidos muertos y todas las bacterias... y así, gracias a la voracidad de estos gusanitos no hay bacterias que vayan a producir envenenamiento en la sangre...

Pero el encarnizamiento de la guerra no le permite dedicar mucho rato a la meditación, pues que allí están sus semejantes asesinándose en nombre de la cultura y de la patria, y él tiene que correr de un lado para otro cortando y remendando huesos. Y no hay que olvidar que son más de doscientos los huesos del cuerpo del hombre y que las balas no respetan a ninguno de estos doscientos huesos. La única reflexión que quizá pudiera hacerse mientras se inclina sobre un pecho abierto, una pierna despedazada o un rostro desfigurado, y manipula con sus manazas tan hábiles y suaves, fémures, rótulas o maxilares, es que en este mundo hay unos gusanillos que mantienen libres de infección las heridas que los hombres se abren unos a otros con sus metrallas y sus granadas.

Terminada la guerra regresa Baer a los Estados Unidos.

Su saber y sus trabajos le dan fama y honor, y es curioso que una y otro, no sea suficiente para hacerlo olvidar los gusanos de la moscarda. Por los intersticios del éxito se deslizan y se ponen a hacerle gestos de inteligencia con sus cabecillas viscosas.

El doctor Baer no tiene hijos, pero ama a los chiquillos de su hospital como a la misma médula de su vida amplia, sin limitaciones, de egoísmo tan vasto que dentro de él caben los niños del mundo entero enfermos de los huesos; los trabajadores con infecciones en los huesos producidas por algún accidente; los soldados con los huesos rotos en la barbarie de las guerras. Todos estos huesos roidos por el estafilococos se le meten como espinas entre el pensamiento. ¿Cómo sonarían en sus oídos de médico que de verdad se interesa por la suerte de sus enfermos, las risas de sus niños? Como la alegría perseguida por bisturís, tijeras, cinceles, sierritas, mercurocromo, solución de Dakin, yodo y con las alas envueltas en algodones y vendas esterilizados. ¿Sería cierto, y por siempre cierto, como lo afirmaban muchos médicos de renombre, que la osteomielitis es una enfermedad incurable? En su gran duda negra se abrían unas hendiduras pequeñitas, justamente del tamaño necesario para dar paso a los gusanillos que mantuvieron limpias las heridas de los dos soldados franceses, con esa limpieza roja de la carne sana. Son milagrosas las feas y pequeñas criaturas, más milagrosas en esta ocasión que los mismos rayos del sol que son cosa tan bella y poderosa y que nos baja de los cielos. A su paso la putrefacción desaparece y brota la carne viva como la hierba sobre los campos. Bajo la acción de estas larva, sus queridos chiquillos, arrojan lejos las mu-

(Pasa a la página 270)

Don José Celestino Mutis

= De *Lecturas Dominicales*. Bogotá. Colombia =

Cádiz en España y Bogotá en Colombia, han celebrado juntas el bicentenario del nacimiento de Mutis: 6 de abril de 1932.

***Repertorio Americano*, también se asocia al homenaje.**

En aquella nobilísima ciudad de Mariquita en donde, sin quererlo, viene a nuestra memoria el recuerdo de una edad ya muerta y el hálito de los siglos ya idos, subsisten las ruinas del Jardín Botánico que albergó los sueños de gloria del sabio don José Celestino Mutis.

Casi nada queda en pie del templo de la ciencia, de la casa severa y amplia por donde cruzaron, como águilas, los pensamientos del alto varón que fué lustre de su época. A distancia de doscientos metros de la plaza mayor de Mariquita se ve un vasto solar lleno de yerba y ensombrecido por arbustos de variadas especies; y, en medio de todo ello, como centinelas del tiempo, tres o cuatro pilares coronados de musgo y ennegrecidos por los años.

Ni un lienzo de pared, ni un trozo de la arquería que, adentro, debió levantarse. Un caucho sostiene con su tronco uno de los pilares. A un lado, y precisamente en frente de la mansión del adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, se alcanza a descubrir entre el ramaje una como pequeña pilastra, de cerca de un metro de altura, mejor conservada que el resto de las ruinas. Allí colocaba el sabio sus instrumentos.

Mas, fuera de ello, nada subsiste, porque el estrago de los años ha sido de tal naturaleza, que ni el recuerdo, ni la tradición, aroman en Mariquita aquel sitio sagrado de la antigua ciudad.

Allí donde todo está perfumado por el ambiente de otros siglos, donde se respira aún el aire de otras centurias, el abandono ha dejado caer su lúgubre manto. Allí sólo se advierte, como dijo el poeta, "hondo silencio, y soledad, y olvido".

De pronto he oído un confuso murmullo y he visto levantarse ante mí, por ensalmo, los muros de la casa vetusta. Cuán lóbrega, cuán severa, y, al mismo tiempo, cuán gloriosa!

Por el corredor de la izquierda van y vienen el Sabio y un amigo o compañero suyo. Alto de cuerpo el primero, la frente tiene ancha, los ojos de un tinte azulado.

El calor es sofocante y por eso don José Celestino y su acompañante permanecen ahora a la sombra de un añoso almendro. A lo lejos, se desliza entre rumores el río. Todo a nuestro lado está en silencio.

Su figura interesante me cautiva. En el Nuevo Reino de Granada no hay otro tan sabio como él. A causa de haber hallado que el sitio de Mariquita era propicio a sus labores, vino a establecer en ella por algún tiempo el asiento de la Expedición Botánica. Afortunada circunstancia ésta, que trajo al seno de la vida imperial a personaje tan nombrado como modesto. Suele discurrir por las calles de Mariquita, siempre afable y siempre pensativo; que su sencillez, aunque le pone tan alto, no le descubre a los ojos la grandeza a que su saber y virtudes le han levantado.

Días pasan sin que se le encuentre en la casa ni en la ciudad, a causa de que, solo o acompañado, se interna en los bosques del vecindario, en busca de plantas raras o desconocidas, placer digno de su afición y amor a la ciencia. Muchas veces los campesinos lo sorprenden desde el amanecer en sus expediciones, algunas peligrosas, porque no faltan serpientes o animales ponzoñosos que, de atacarlo, pusieran en peligro su virtuosa vida. Habla poco porque medita mucho. No hay memoria de habérsele conocido ocioso, pues a toda hora manifiesta preocupación o cuidado. Inclinado delante de sus libros le encuentra el atardecer y suele haber ocasión en que olvida tomar un refresco, según está pensativo.

A la luz de una lámpara amarillenta, sentado en un sillón de cuero adornado con clavos de cobre, deja deslizar los minutos, y tras largas veladas, acude a dar reposo al cuerpo. En esas vigilias el estudio de la botánica del Nuevo Reino es su única preocupación: bosques inmensos, enmarañados y vírgenes, se presentan a su imaginación de sabio en solemne, silencioso desfile, y él, la frente levantada, las manos temblorosas, los ojos hundidos en la penumbra, va repitiendo entre sí tantos nombres extraños, tantas voces para él queridas, que su corazón se inflama, su vista se enturbia, y los brazos caen, trémulos, sobre la vetusta mesa en donde tiene unos libros abiertos. Helechos, palmas esbeltas, datileros, cafetos, plantas de innúmeras especies... Un "Samán", señor de los campos inmensos; un cocotero alimento de los naturales; una orquídea lánguida, flor de ilusión, delicada y graciosa... La quina está allí: cómo le embelesa su estudio! Y bien que lo merece, pues libra de do-



José Celestino Mutis

El sabio Mutis

1732 - 1808

= De *El Tiempo*. Bogotá, Colombia =

Nomen inmortale quod nulla aetas unquam delebit.—Linneo.

Nada pueden agregar la historia ni la ciencia al nombre inmortal de Mutis, que respetarán los siglos, como dijo del ilustre gaditano el gran Linneo. Bastaría, pues, como homenaje a su memoria, refrescar los datos biográficos de ese varón admirable, que ofició perpetuamente en el templo de la naturaleza para descubrirle al mundo los misterios divinos de las ciencias.

Nació don José Celestino Mutis en Cádiz el 6 de abril de 1732. Terminados los estudios de medicina en el real colegio de San Fernando, se trasladó a Sevilla, donde obtuvo el grado y pasó como profesor de Anatomía a Madrid. Allí le conoció el Conde de la Vega de Armijo don José Messía de la Cerda, que, nombrado sucesor del virrey-franciscano, lo trajo a América, con sueldo de $ 700 anuales, como médico de la pequeña corte santafereña.

Llegó Mutis a Santa Fe de Bogotá el 24 de febrero de 1761 y se consagró desde luego al ejercicio científico de la medicina, a la enseñanza de las matemáticas y de la astronomía en el Colegio del Rosario, y al estudio profundo de la naturaleza. "Su Diario, dice Ibáñez, suministra radiante luz sobre los talentos del médico botánico, sobre su vasta ilustración y sobre su interés por la Colonia".

Once años después de llegar a Santa Fe recibió Mutis las órdenes sagradas de manos del segundo arzobispo criollo, el severo dominicano fray Agustín Camacho y Rojas, natural de Tunja, que había sido obispo de Santa Marta. "Divididos todos sus momentos entre la religión y las ciencias, como escribió el sabio Caldas, fué un modelo de virtudes en las primeras y un sabio en las segundas. Provocado por el virrey Cerda a regresar a la Península se denegó y resolvió morir entre nosotros: tanto amaba a América, a sus selvas y a su profunda tranquilidad".

En marzo de 1783 quedó debidamente organizada, con la venia de Carlos III, la comisión científica llamada Expedición Botánica del

(Pasa a la página 266)

lores y muerte a no pocos... Los indígenas andan por ahí, arrancando, disimuladamente, algunas plantas pequeñas, ocultas entre la maleza, de allí sacarán la salud para sus jefes enfermos de varias dolencias; el veneno, quizás, para el enemigo, artero y feroz como ellos... Véis ahora mismo aquel arbustillo de hermosa apariencia, y aquella doble fila de magnolias?... Y el sabio despierta de su mudo letargo diciendo a media voz: "orchidaceas, menispermáceas, urticíneas, oxali"...

Considerando el lustre de su existencia cabe hacer memoria de ella. Nació don José Celestino en Cádiz, el 6 de abril de 1732 y vino a morir en Santa Fe de Bogotá el 11 de setiembre de 1808. En el colegio de San Fernando de Cádiz, y en la Universidad de Sevilla llevó a cabo sus estudios, habiéndose graduado en medicina, con singular lucimiento, digno de su futuro.

Bajo la dirección de Barnados, eminente hombre de ciencia de la época, se dedicó de lleno al estudio de la botánica, aspiración constante de su mente privilegiada. En 1760 vino a las Indias Occidentales y en ellas enriqueció su cerebro con el estudio de las plantas del Nuevo Reino, a las que consagró toda su atención. Entre tanto, este grande investigador español resolvió tomar el hábito sacerdotal, al que le llamaban su vida recatada y silenciosa y los anhelos de su corazón. En efecto, vió Mutis coronada su empresa al ordenarse en Santa Fe en el año de 1772. Ya en tal estado, dividía su tiempo entre las múltiples ocupaciones que se le presentaban, en especial desde 1783, pues la Real Cédula de fecha 1º de noviembre de dicho año, que creaba la Expedición Botánica, le designó para director de ella, con calidad de primer botánico y astrónomo del monarca hispano.

En el grupo de hombres que formaban la Expedición Botánica estaban ilustres granadinos, cultivadores de las ciencias naturales y físicas. Luminarias del cielo occidental, ellos compartieron con don José Celestino las diarias faenas, y luego despidieron de sí raudales de lumbre que inundaron en esplendores el continente americano.

Visión serena la de aquellos días! Francisco José de Caldas alterna con el Sabio, sabio él mismo; Francisco Antonio Zea, dedícase con entusiasmo a la obra portentosa y ensaya allí sus vuelos, él que tan excelentes timbres de honor conquistara para sí y lograra para su patria! Eloy Valenzuela, de noble familia santafereña, ocupa sus mocedades en la contemplación de los fulgores del cielo y de las riquezas de la tierra; Sinforoso Mutis, sobrino del director de la Expedición será encargado a la muerte de su tío, de la jefatura desempeñada por éste, y será también depositario de muchos de sus trabajos; y, en fin, el glorioso haz de eruditos, en número de diez y ocho, dejará blanquecina estela en el firmamento tranquilo del Coloniaje. La herencia intelectual del Sabio gaditano será inmensa. Empero, su muerte dejará huérfana a la ciencia.

Ha desaparecido la visión primera. Por las calles de Santa Fe se cruzan los personajes que dieron principio a las labores de la Expedición Botánica. Ocupan ahora el Observatorio, situado a dos cuadras al sur de la plaza mayor. Falta uno, empero, y con él la más alta figura de los naturalistas hispanos. En 1808 dejó de existir el sabio don José Celestino Mutis, "cuyo nombre ya inmortal—al decir de Linneo — ninguna edad podrá borrar". Santa Fe lloró sobre el cadáver del erudito cuyos trabajos en el Nuevo Reino de Granada fueron para éste algo así como el anunciarse de una éra de sabiduría y como el presentirse de una nacionalidad.

Mariquita no supo conservar los recuerdos que le dejaron por herencia el fausto y la nobleza de tres siglos. El hado fatal del olvido le hizo perder riquísimos tesoros que guardó mucho tiempo sin conocer y sin amar. De tal manera echó por tierra, en virtud de un mandato del general Frutos Santos, presidente del antiguo Estado Soberano del Tolima, los muros de la mansión del Sabio Mutis. Causa pena no hallar sino ruinas en el lugar venerando a todo colombiano, en donde debiera levantarse la casa augusta y una lápida que memorara su gloria.

Mutis, llevando a cabo la imponderable labor que le confió su rey, y reuniendo en torno suyo a una pléyade de varones ilustres por su saber y ejemplos, fué uno de los más eximios precursores de la Patria independiente regada por la sangre de nuestros mártires y engrandecida por las hazañas de nuestros libertadores.

Manuel José Forero

El sabio Mutis

(Viene de la página 265)

Nuevo Reino de Granada, que un año antes había ordenado, de acuerdo con Mutis, el arzobispo-virrey y que venía sosteniendo con sus propios recursos. Así se cumplieron los deseos de aquel ilustre gobernante de que un grupo de sabios estudiara la desconocida flora tropical, hiciera observaciones astronómicas, descripciones geográficas y clasificaciones de la fauna y de la riqueza mineral de los Andes y de las llanuras del Nuevo Reino. A esa obra magnífica aportó el sabio Mutis su ciencia, su talento y la experiencia adquirida en los veinte años que empleó en recorrer gran parte del inmenso virreinato. Para entonces su fama era universal y familiar su nombre a los primeros sabios de Europa, que, como Linneo, seguían avaramente las investigaciones y los descubrimientos de ese genio portentoso. La obra de Mutis desgraciadamente quedó trunca. El gobierno español hizo trasladar a Madrid en 1817 la mayor parte de los trabajos de la Expedición, que reposan en el Jardín botánico "esperando que aquel olvidado tesoro muestre a la luz pública todo el esfuerzo grandioso de Mutis y de sus sabios compañeros. Allí, en la célebre Casa de la Botánica—hoy el Observatorio y las edificaciones que lo limitan al Oriente—inmortalizaron sus nombres con el del sabio gaditano Eloy Valenzuela, Francisco José de Caldas, Francisco Antonio Zea, Jorge Tadeo Lozano, Joaquín Camacho, Miguel de Pombo y tantos más, figuras proceras de la patria y de la ciencia.

Por iniciativas del sabio Mutis se construyó nuestro Observatorio nacional, que dirigió Domingo Pérez de Petrez, cuya forma es un reloj de sol. Se puso la primera piedra el 24 de mayo de 1802 y quedó concluido el 20 de agosto del año siguiente. Habiendo sido glosadas las cuentas, que ascendieron a $ 13.815 tanto por el gobierno español como por el de la república, se cubrió su valor por cuenta de la mortuoria del ilustre sabio, que hasta después de muerto continuaba haciéndole el bien a la tierra que adoptó por suya. Como si no hubiera bastado el descubrimiento de la quina.

Mutis, según Henao y Arrubla, era corpulento y tenía complexión sanguínea, continente grave, rostro noble de forma oblonga, frente espaciosa, mirada honda y penetrante y párpados superiores abultados. Su aire misterioso, debido a su carácter retraído, mudaba cuando explicando las ciencias, su faz se inundaba de alegría. De ordinario hablaba poco; sus preguntas y respuestas muy concisas; se privaba del trato íntimo y de los consuelos que dispensa la confianza; de costumbres austeras, no tenía otros placeres que el alivio de los enfermos y el estudio de las ciencias; fácil en irritarse, sufrió muchos años de un acalentura lenta, la cual combatía permaneciendo horas enteras entre el agua. "Es cosa maravillosa—escribe el mismo Mutis—que hallándome así a las 10 del día encendido, abrasado, de tan mal humor que yo mismo no me puedo sufrir y me descompongo más a fuerza de reprimirme, al entrar en el agua se disipa absolutamente todo, se corre como un velo, me vuelve la serenidad de ánimo y alegría, de modo que no quisiera salir del baño. Se me hacía duro perder allí tanto tiempo, pero me voy conformando con esta pérdida por lo mucho que con ella gano. Allí pienso, allí combino, allí proyecto y a veces recelo si saldré algún día dando saltos desnudo, suceso que sentiría por estos mal intencionados mariquiteños, que no imitarían la sencillez de los de Siracusa en disculpar las distracciones de su Arquimedes".

Murió el sabio don José Celestino Mutis en la Casa de la Botánica a las tres de la mañana del 11 de setiembre de 1808. Sus restos descansan en la iglesia de Santa Inés.

Jorge Wills Pradilla.

Islotes

= De *Luz*. Madrid =

Imaginamos el Museo de Ciencias Naturales y el Jardín Botánico como dos islotes perdidos; dos islotes perdidos en un mar de indiferencia, de negligencia y de abandono. Las ciencias naturales no sirven para nada; a los políticos no les interesan las ciencias naturales. Un dorado cetonio se acuesta por la noche en el seno fragante de una rosa; a la madrugada, el fresco rocío entumece sus miembros; un naturalista, que ha madrugado, lo está observando. ¿Para qué servirá el que este naturalista observe el dorado y fino cetonio? Un observador de la Naturaleza, el doctor Pau, de Segorbe, descubre un día en el monte un nuevo tomillo; tiene la gentileza este naturalista de dedicar la nueva variedad de tomillo al querido maestro don Ignacio Bolívar; ya lleva el tomillo nuevo el nombre del admirado sabio. ¿Para qué servirá el descubrimiento de un tomillo? Alguna vez hemos imaginado un verdadero disparate: pensábamos que lo que hicieron los antiguos podíamos hacerlo nosotros. Si los antiguos—poetas y filósofos—adquirieron la finura y el sentido de humanidad que ahora admiramos en ellos, fué porque vivieron en contacto con la Naturaleza, porque observaron esa Naturaleza que luego, en el correr de los siglos, al descubrirlos a ellos, volvía a ponerse en contacto con nosotros. Y si observáramos la Naturaleza, si diéramos un gran impulso a las ciencias naturales, casi—digamos pudorosamente casi — no tendríamos necesidad de las llamadas humanidades; la persistente cuestión de las humanidades, la pugna entre los partidarios de la Ciencia y los partidarios de los clásicos, estaría, por fin, resuelta. En España ha habido conquistadores del Nuevo Mundo; no sentimos, querido lector, un gran entusiasmo por ellos; nos cautivan, en cambio, con profunda admiración, los observadores de la Naturaleza en América, que España ha dado al mundo. Ya desde el siglo XVI esos hombres publican libros curiosos y pintorescos. Pero es a mediados del siglo XVIII, al renovarse las ciencias en Europa, cuando los españoles realizan sus admirables expediciones por tierras americanas. En el archivo del Jardín Botánico hay abundantes pruebas de lo que esos españoles han hecho en América. Las expediciones científicas han sido muchas; don José Celestino Mutis estuvo veintitrés años estudiando en América las plantas, las piedras y los animales. Fué Mutis el fundador del primer observatorio astronómico en el continente americano. La última de las grandes expediciones científicas fué la realizada en 1862, y que duró cuatro años; expedición en que figuró don Marcos Jiménez de la Espada. No se tiene, generalmente, idea de lo que esas expediciones son. Las que parecen más sencillas son ímprobas por todo extremo. El inolvidable amigo Santiago Pérez Triana realizó hace unos cuarenta años una expedición de Bogotá al Atlántico, siguiendo el curso de los ríos Meta, Vichada y Orinoco. Releído ahora su relato, parece que lo hemos vivido. Hemos caminado días y días, semanas y semanas, por el seno de un bosque inextricable; caminábamos casi en tinieblas; la luz del día apenas llegaba, opaca, palidísima, densa, hasta nosotros. Había que caminar lentamente, abriéndonos paso a fuerza de hachazos. Hemos ido a sentar la mano en un tronco y hemos experimentado una extraña sensación de blanda goma; el salto que hemos pegado ha sido formidable. Habíamos puesto la mano en el cuerpo de una enorme serpiente; el mimetismo de esos reptiles es tan prodigioso, que se confunde el cuerpo de estas serpientes con el tronco de los árboles y las ramas. El bosque todo está lleno de estos reptiles, que esperan un descuido del viajero, y en tanto que el hacha abre camino, hemos de estar descargando escopetazos. ¿Cómo orientarnos en el inmenso Llano? Lo que se llama el Llano, entre Colombia y Venezuela, es una planicie monótona y uniforme; no sabemos por dónde echar; se necesita un guía experto para saber el camino que hemos de seguir. Llegamos al río; dormimos en la ribera arenosa; durante la noche, un caimán curioso, con las mejores intenciones—las mejores intenciones para él, naturalmente—, intenta acercarse a nuestra persona; o si no es un caimán, es un tigre. Y en el río, a las tres de la madrugada, cuando nos levantamos y proseguimos el viaje, nos esperan el pez temblador, que es una especie de anguila eléctrica, que produce una mortífera descarga, o el pez caribe, que ataca en bandadas y que en pocos minutos causa la muerte de un caballo o un toro. La fatiga física es abrumadora. ¡Y si fuera sólo esto! Pero aparte del cansancio físico está la obsesión moral que se apodera del explorador a poco de comenzada su empresa. En una interesantísima conferencia dada en 1914 por Rudyard Kipling, en la Sociedad Geográfica de Londres, el famoso escritor ha estudiado este curioso aspecto de los viajes. La obsesión moral de que hablamos reviste diversas formas y dura hasta mucho después que la expedición ha terminado; es como una marca dolorosa que se imprime en el cerebro. Uno de los exploradores consultados por Kipling le dijo que él sentía como si tuviera una barra trasversal junto al ojo derecho; en otro esta obsesión revestía la forma de una línea recta, inflexible, aterradora, línea que representaba el camino que, por un terreno llano y árido, había que recorrer.

Volvamos a nuestros islotes; los islotes perdidos en un mar de indiferencia. Tornemos al Museo de Ciencias Naturales y al Jardín Botánico. Cada vez que se nombra un nuevo ministro de Instrucción Pública es como si apareciera en el horizonte un barco, barco que viniera a socorrer a los pobres habitadores de los islotes. Si el ministro es inculto, el barco pasa de lejos; si es ilustrado, el barco se acerca a la costa. Al presente el ministro es una persona culta y sensible; el barco aparece en el horizonte y se va acercando. Los moradores de los islotes están contentísimos; por fin va a haber un ministro a quien interesen las ciencias naturales; se va a prestar atención a los desamparados Museos de Ciencias Naturales y Jardín Botánico. Se va acercando el barco. En la playa los moradores de las islas lo ven venir gozosos. Se divisa al ministro en la cubierta. "¡Qué simpático es! —exclaman los pobres insulanos—. ¡Qué inteligente! ¡Qué culto! ¡Qué fino! ¡Qué comprensivo! Ha dado medio millón para estudios medievales. Ha dado un millón para teatro lírico. Con seguridad que nos va a atender a nosotros". Todos esperan que el barco se acerque; todos saludan con sus pañuelos. Y de pronto el barco, en vez de aproximarse a la costa, sigue su rumbo, sigue, sigue, sigue...

Azorín

MONS SACER

odo el misterio de la vida
su esencia en el Calvario,
Cruz, que en lo Alto se eleva
Ella está Jesús clavado.

Cruz es hecha del hombre,
hombres la levantaron;
los hombres pecadores
presente y del pasado
han hecho: todos, todos,
eñor sacrificando;
manos, torpes, contra él
jan los duros clavos,
siempre clavando están
ue son nuestros pecados.

Quién pensara que así se abren
ríos del cielo, santos,
que por el sacrificio
dan libres, sanos, salvos!

ABLARES MIÑOTOS

«Da silva os copreiros
catadors de viño,
son todos moceiros,
alem o aquem Minho».

e llamaron emigrante
ubo engaño en el hablar,
no llego a tierra extraña
legando a Portugal.

o era otra que la del Miño,
mis prados de Galicia
iña que he contemplado,
por siempre ya fué mía.

ija el Támega Ourensan
ndo de Chaves tierras,
ega a las vides de oro
las corrientes del Regoa.

gua clara del Río Lima,
a deseara coger,
ensar que la he bebido
Galicia, de donde es.

tro hablar es la ribera
Lethes—y es hablar mal—,
ue no puede olvidarse
es causa de olvidar.

ás que el Douro y sus riquezas
su querer llama el Miño,
esté verde el viñedo
aduro y hay buen vino.

el río Miño entre las frondas
pájaros brincan, saltan
ando dulces canciones,
tan solo un amor cantan.

o, Miñoto, de riberas
bio, y no cambio mi ser;
bera no hace al río
él va todo mi querer.

uiera Dios que en mis andanzas
ca deje yo de estar,
Monçao a Salvaterra,
Galicia o Portugal.

LA CRUZ

ruz no es en verdad de troncos secos;
mas, en el árbol, forman cruz:
n el cuerpo humano ha de ofrecerla,
dole sus brazos a Jesús;
viene: renueva el sacrificio
zo de muerte vida; su virtud,
de amor, enciéndese en clarores

Glosas galaicas

(*Del MARQUÉS DE FIGUEROA*)

= Segunda entrega. Ver la primera en la página 156 del núm. 11 del tomo en curso del *Repertorio Americano* =

y calca, en los reflejos de su luz,
el árbol divino, la ignea figura
que une al cielo y la tierra por la cruz.

SIN NOMBRE

Siendo mozo caí en un sueño,
y hube ensueño, hube fiebre de amor;
la visión de una imagen que, dulce,
toda envuelta en un rojo arrebol,
al surgir muy luciente, atractiva,
encendió cuanto había alrededor.
Al luchar de la luz con las sombras,
¡cuán la luz en las sombras brilló!
Siempre veo a lo lejos, muy lejos,
la figura del sueño que huyó:
el recuerdo me da la esperanza
de que vuelva la hermosa visión;
ay!, la noche sin par, toda encanto,
en día triste, sin luz, despertó.
Como el sueño brillaba en lo oscuro,
me adormezco, por verla mejor;
(las mejillas el sol le tostara,
y, traspuesto bastante ya el sol,
le dejara al moreno semblante
reflejado el corazón!)
Aunque fuera de noche vestida
y sus ojos también noche son,
en el hondo mirar de sus ojos
tenía un cierto indecible fulgor
que desciende hasta mí, entre las nieblas,
como un suave rayito de amor.
Si amor me inspiró, ¿no lo tenía?...
A mi ver ese amor cierto fué;
¿no sabré si fuí yo el amor de ella,
si siquiera sintió el amor mío,
si hubo encuentro de amores sagrados?
Con mirar no nos viene el saber;
con saber el sentir se perdiera:
y yo de ella el sentir no he perdido,
pues quedó fija en mí, en el recuerdo,
la esperanza en que habrá de volver.
¡Pura luz, que en las sombras se muestra;
al incierto claror que ella tiene,
cuando pasa, confusa, la imagen
y me mira, ¿no me habla de amor,
buen amor por amor que se guarda
sin perderse en un vano querer?...
Aunque oculta entre nieblas la imagen,
mi rayito de amor la envolvió...
Yo la veo muy lejos del mundo...
Dios nos quiera juntar en los cielos:
es la honda plegaria que en mi alma
hacia Dios elevo!

HIC EST

«Hoc est»

Hace Jesús vino el agua
y hace sangre suya el vino;
da gracia a la levadura
de la harina, flor del trigo;
cuando el trigo es hecho pan
hace al pan su cuerpo mismo,
y es para esto que tomara
cuerpo de hombre Dios en Cristo!
Lo divino humano se hace
y hace a lo humano divino,
y es milagro entre milagros
que lo bajo torna altísimo.

INVIERNO

Caído el cuerpo, ya el calor se enfría;
muy agudo y sutil tiene el porte;
en los miembros, dolidos, se adentra
aunque el aire no empuje, no sople,
pues que ni hay para guiarlo ya hojas
en los árboles del bosque.
Hechas hielo las aguas del cauce,
toda vida quedó como inmoble;
ya en el río no cantan las ondas
ni en las fuentes murmullos se oyen...
¿A quién preguntar yo podría
dónde es que se esconden
los pájaros, que ya no se encuentran
ni en los valles ni en los montes?
Solo voy por el campo, viajante
a quien todo lo vital se esconde;
en vano pregunto a los desiertos
que sólo con los ecos responden;
voz humana que acompañe y guíe
ni de cerca ni a lo lejos se oye:
que arredrados por tantas tristezas
«debajo sus techos» se amparan los hombres.

CANTIGUIÑAS

El clavel que lleva Nena,
—morena, morenecida—,
es de un lindo galán rubio,
flor de amor que él le brinda.

Emblema de mal amor
le dicen al clavel, clavo
que hay que clavar en el pecho
si se quiere enamorarlo.

Cuando la sangre así brota
le da realce a la rosa,
la rosa del buen amor
que con tales penas goza.

Rey de flores, el clavel
luce bien en la morena,
como en la rubia la rosa,
de las flores siempre reina.

Por qué han de decirle clavo
al clavel, del jardín rey,
si es la reina la que clava,
la rosa que espinas tiene?

No llaman clavel al clavo,
sí llaman clavo al clavel,
pues clava en el pecho el dardo
que se sufre en el querer.

Enamorado abatido
todo llanto y suspirar,
dando sus quejas al viento
así dice en su cantar:

«Oh abundantes claveles
que da la morena tierra!
¡Cómo lucen los desdenes
de la rapaza morena!

»Clavelito que ella dióme
la mañana de Ascención,
clavel negro, negro clavo
que clavó en mi corazón.»

Espinas de rosa clavan
y es un clavo el clavel:
siempre flor y toda espinas
para el hombre es la mujer.

Rafael Estrada

San José, Costa Rica, 1932.

cuá
car
cau
ten
par
cin
cua
der
cul
me
ido
Go
tifi
nac
sión
ción
Pe
sus
de
aqu
de
jus
pos
sa
tra
dañ
que
tifi
tod
sul
la
no
la
sibl
jus
ja
cor
Ag
ció
que
úni
del
luta
sión
gos
mo
est
cial
est
un
son
ral
cla
eli
per
lo.
inj
tar
otr
En
una
mo
tér
rec
de
es
cul
a s
a
cua

(1
(2

FACETAS

Rodríguez Ruiz y el patetismo

= Envío del autor =

I

"Es bueno mezclar, entre las ideas vivas, algunas que sean además vivaces. O si queréis vivarachas. El artista de hoy las cree imprescindibles: a ellas les suele colgar el alambrito del cebo... Porque nada más insoportable que un escritor procesional, que lleva solemnemente en andas sus ideas, bajo un peso muerto de bisutería, muertas ellas mismas dentro de su estuche de pino tallado. Sí, sí. Es preferible que vayan a pie, y cuando se pongan demasiado serias, colocarles un gorrito de papel, una caperucita de roja verbena. Cuando la temperatura del párrafo crece y va a apuntar el profesor, ¡zás!, un papirotazo y a encasquetarle una revoltosa imagen. Con lo cual la idea no se pone en ridículo, lo asesina".



La maestra Por *Rodríguez Ruiz*

¡Cuidado! Aún aceptando lo anteriormente expuesto, ¡cuidado! Precauciones y reservas hacia el gorrito de papel. Es en el papirotazo, o en el gorrito dicho, donde precisamente estriba el resultado de un hecho en arte. Lo adjetivo, lo risueño, contrae ante el artista, mucha más responsabilidad que lo severo, lo grave. Uso del papirotazo, cuando sea conveniente; olvido del gorrito risueño, cuando lo indispensable no lo requiera.

La existencia de un sin fin de fabricantes en serie de caperucitas, me parece más que motivo de orgullo, razón de desprestigio artístico. El que expende, actualmente, se supedita al comprador. Es decir, en el arte, su médico, se inclina ante la necesidad con que es solicitado el farmacéutico, si se atiende lo apuntado al comenzar. La caperucita, no puede ser por ello, sin embargo, por mí repudiada, sino solamente reducida a su campo de acción no muy amplio.

El papirotazo risueño, o el gorrito alegre mejor, hay que colocarlo en la obra, cuando la obra se encuentra andando, vibrante, en un ataque de dinamismo, en un exceso de emotividad. El artista al situarlo, sospechando la actitud que va a adquirir sin él una idea, y con el fin de un rejuvenecimiento simpático, no puede hacerlo por tanto, dada la movilidad sugerida, desde un campo estático, sereno, frío, aislado a los estímulos de lo dinámico, sino en un período de vibración álgida, en un instante en que se sienta atacado de idéntica velocidad que el hecho que pretende virtuar.

La claridad, no es consecuencia de lo señalado, al comenzar esta nota, por Jarnés. El matiz garboso—puesto que no otra cosa es un gorro, una caperuza o un papirotazo—no puede, ni debe ser como un remedio retórico, de sana retórica alegre si se quiere, que aún en su juventud, dirigida en el sentido de animar lo decrépito, no deja de ser un alarde vano de retórica innecesaria. La retórica, es un estado de transición. Sirve para encubrir la impotencia final de lo decrépito y las bases, los principios de los falsos jóvenes. En ella se funde, en una composición rosa, agradable para los amables, lo poco original de una parte, y de otra parte el camelo. Y el arte joven, huyendo (se exime de incurrir a r parecer en la superche

En la obra, bien sea ca, literaria o musical, t de ser y es consecuencia hecho anterior. Y los r dos obtenidos en un lier ejemplo, no pueden se que consecuencias inme pero fruto del instante c y no retazos consecuent ro de creadores moment sados. El garbo, que es mómetro graduado má cramente, para distingi tistas, no puede ser una cie de líquido, que ac ñando, dé sabor a lo m a lo substancial de una sino como una secreción obra misma, diluída en res, arpegios y notas, o foras. "La bravura d muchos hacen alarde – ironía sin raíces no e cosa—es un hábil cálculo, según l sobre el miedo que domina a sus sarios".

II

En pretendiendo comentar, el de hacer y sentir que preocupa cuadros a Francisco Rodríguez era necesario el anterior prólogo, sitario de ligeras advertencias. dos telas expuestas por él, en la sición de alumnos de la Academ Bellas Artes de Madrid, llamada maestra" y "Mujer y gallinas", co su cuadro, que más afín con los cionados nos parece, y que titu hombre enfermo", se encuentran citamente las anteriores afirmacion

Ha dicho Juan Ran ménez: "El arte pue muy rápido, a condic que sea muy lento" otros, como consecu ante las obras de guez Ruiz, y conder su especial tempera creemos que también te, puede ser muy le condición de que sea rápido.

Rodríguez Ruiz, e lienzos, prefiere, esc do quizás a Barrés, afirma, que el pecado tibieza, lo gris, lo fa ardor, colocar dinámic te, garbosamente, el bido gorrito de papel patetismo, en lo des dor de sus temas. S la lentitud emotiva, p entrañas dinámicas, c te en sus preocupacio quizá lo que más le za, es la duda, dirig el sentido de saber el tado de su pirueta. S



gunta, constantemente, y hemos de ser nosotros, los que al dudar, digamos: ¿Lo consigue?...

Para decir: Es su fuerte. El dramatismo de sus muñecos, no puede permanecer estático, no podría concebirse quieto, ante el estimulante nerviosismo de Francisco Rodríguez Ruiz. Lo patético en él, deviene tal, a fuerza de vibración, de temblores emocionales, tras los que lo cómico se insinúa con toda su fuerza. (Una lágrima, lanzada por Rodríguez Ruiz desde una altura determinada, sabe convertirse bajo su influjo, y ante los besos del aire, en una espuma como jovial, irónica).

Quizás, enfocando su pintura, desde otro punto, pueden verse sus creaciones dramáticas, reciamente dramáticas, como consecuencia de un incesante reír. Rodríguez Ruiz, parece beber en Goya esta transformación. Contempla en él, las bocas de sus héroes y observa que el dramatismo de las figuras goyescas, depende en mucho, por no decir, en absoluto, de encontrarse en las comisuras delgadas, el cadáver de una risa, no reprimida, sino estrangulada involuntariamente, sencillamente.

Su "Maestra" es palpable prueba de ello. Pleno el cuadro de un garbo, que recordando al gran baturro, pudiéramos llamar negro, destaca en su seno, merced a una sabia caricia que el pincel otorgó a la tela, dos figuras solamente. La profesora y el alumno, muestran de manera temperamentalmente nueva, por ingenua y sencilla, aunque no exenta de penetración sutil, toda la complicada psicología de los personajes, en sus facetas de fastidio y odio. Rodríguez Ruiz, conocedor de la misión de lo actual, sabe portar en la fisonomía, los suficientes rasgos profundos, definidores del carácter de su muñeco. Nada en el cuadro es relleno. Nada, por consiguiente, en el lienzo es retórico. Lo adjetivo, la más leve pincelada, animada del ritmo especial, peculiar de Rodríguez Ruiz, de un ritmo patético, furiosamente patético, y por tanto levemente grotesco, que sabe imprimir a los hechos que muestra, encargado de reír en el matiz, hasta dramatizar, o de llorar, para que en el paroxismo dramático brote la sonrisa mordaz, no hace más que persuadir del triunfo del arte moderno. El decrépito, tiene que cantar la belleza de lo mudo. Rodríguez Ruiz, como buen actual, sabe hacer hablar, por sí solo a lo inerte.

Elige entre el retoricismo y la metáfora, en su "Mujer y gallinas", como en su "Hombre enfermo", y persuadido de una debilidad existente en aquello, y de la necesidad de una constante juventud en ésta, logra en su primer cuadro el más personal, el más puro lirismo, a fuerza de imágenes sencillas, tranquilas, aunque todas ellas, encendidas, abrasadas, mientras que en el segundo, embargando el ambiente de una tristeza, lograda en sangre de obscuros intensos, recuerda a un personaje de Tolstoi en su muerte especial, en su nueva vida.

Las tres figuras, que mueve en su "Hombre enfermo", puesto que su pasión, no es sino motor transmisor de energía, son sin duda, uno de los más grandes aciertos de la obra de Rodríguez Ruiz. Lo vulgar, en esta tela, lo por todos, además tratado, se dignifica por el empeño obstinado en dejar de serlo. La dejadez, y al mismo tiempo, una como preocupación lejana, que imaginamos morbosa, existente en la figura de una de las mujeres que acompañan al enfermo, contrastando con la afilada, la irónica posición del perfil de su acompañante, que parece herir con la risa originada por su propiedad, la densidad del ambiente que oprimiendo la frente del enfermo, la hace ser oblonga, se armonizan en el más puro de los dramatismos, en el patetismo más perfecto, que pasa a constituir el substrato básico de un fuerte humorismo.

Al mencionar anteriormente, un conceptualismo juanramoniano, pensábamos en otra de las virtudes de Rodríguez Ruiz. Prefiriendo como prefiere el estatismo en lo temático—recuérdese su "Planchadora" notable—, la serenidad de sus personajes, no está exenta, pues si no, esa serenidad no sería tal, al ser impura, de un especial dinamismo emocional. La línea en Rodríguez, por ejemplo, sino perfecta, dada la juventud de este pintor, que no debe ensayar en sus primicias, gestos de estatura académica, fofa, no es campo por otro lado de vacilaciones, de consecuencias temblorosas, observables en los falsos artistas, que no saben concebir la creación, aislada del traspiés, en alas de su ímpetu rítmico, sin duda, porque sólo ella, es lo estático, lo sanamente estático en su pintura.

Rodríguez Ruiz, conoce bien los inconvenientes de lo anecdótico. Y la "pose" de sus figuras es serena, porque siendo la anécdota el gesto excesivo, el amaneramiento muchas veces de la línea, al permanecer ausente, o apenas insinuada, como en el caso de Rodríguez Ruiz, necesita de auxiliares que han de accionar, reemplazando su obligada pasividad, acudiendo al color, a ese color negro, un poco duro quizás de Rodríguez, que entrega en la luz opaca de sus cuadros, al patetismo, lo que éste le exige. La anécdota es un prisma, encargado de reflejar estados extrínsecos, superficiales casi siempre, mientras que la luz, esa luz apagada, residuo de brasas encendidas pasionalmente que late en toda la obra de Rodríguez Ruiz, cantando un patetismo desgarrador, garboso y joven, es el vaho silente, que emergiendo de lo interior, caldea la frialdad consecuente de los temas plásticos.

III

En toda la obra de Rodríguez Ruiz, se marca un peligro, que no acentúa toda su gravedad, si advertimos como el pintor ha sabido descubrirlo. La ironía, que es un positivo estado de transición, que es la línea límite, difícilmente aprehensible, entre lo dramático y lo bajamente grotesco, desde el momento que lo trágico se acentúa, está siempre dispuesta a convertirse en caricatura.

¿Es esto un peligro en la pintura de Rodríguez Ruiz? Creemos que no. Es decir, solamente constituirá un motivo de preocupaciones para él, la fácil incursión en lo baladí, en lo falsamente satírico, cuando Rodríguez Ruiz se entregue a la aventura, al gozo indecible de jugar con lo engañoso.

Mientras, su preocupación, sea la perfección patética, el peligro se esfuma. La seguridad de lo dramático, no puede ser por él, postergada al halago aventurero de lo cómico fácil, ya que Rodríguez Ruiz, como todo artista puro, sabe, que la aventura sólo estimula, al falto de estímulo interior, y el artista no ha de ser movilizado por nada, sino es, por su móvil, por su cambiante impulso, que por otro lado, puede amar la aventura, pero creyendo en el placer de su vehemencia, y no en su fuerza suasiva.

Dice Franz Roth, que no se quiere descubrir en el arte moderno, el espíritu, partiendo de los objetos, sino por el contrario, los objetos partiendo del espíritu.

En Rodríguez Ruiz, lo patético constituye el espíritu básico de su obra, que no se puede insinuar obedeciendo a Franz Roth, con un garbo cómico, sino inversamente, hacer patente su virilidad, su reciedumbre, que trasluzca, oculta en un dramatismo entero, la feminidad pura de la risa...

Madrid, 21 - III - 32.

Enrique Ascoaga

De los gusanillos que fueron maestros y colaboradores de un hombre de ciencia sin pretensiones

(Viene de la página 264)

letas y dejan con dos palmos a los fríos instrumentos de los cirujanos y a todos los antisépticos del mundo, y se alejan corriendo por los caminos en primavera. A través de la piel dorada por el sol, Baer ve brillar los esqueletos limpios de enfermedad, lo mismo que un encaje de estalactitas y estalacmitas. En el aire luminoso se agitan felices los húmeros, los cúbitos y radios, y los metacarpos que hacen pensar en estrellas; los fémures, cúbitos y radios saltan sobre los prados en flor; las vértebras del espinazo se enfilan para formar una como asta de plata a la bandera de la vida humana que ondula libre de todo mal bajo el cielo azul. ¡Ay! cuán hermosa la visión de este doctor Baer, hermosa visión que descansa en un montón de larvas de mosca! Y nuestro hombrazo que hace pensar en el San Cristóbal de la leyenda, deja a un lado ciencia, habilidad, honores y fama, y va en busca, con toda sencillez, del antiséptico vivo que son estos gusanitos que se alimentan de carne putrefacta.

La enfermera de Baer, Isabel Knight, lo secunda fervorosa y en silencio en la, a primera vista, repugnante tarea.

Cuando Isabel Knight contaba ocho años tuvo una osteomielitis en una pierna que casi se lleva la pierna y la vida. Baer salvó la vida y la pierna de la niña que años después se dedica a ayudarle con absoluta devoción. Ella le consigue parejas de mosca para hacer cría de gusanos, mantiene al alcance de las hembras pedazos de carne para que depositen

los huevos y vela sobre las larvas cual si se tratara de perlas.

Y Baer no vuelve a pensar en otra cosa. Clientes y consultas que no tengan relación con sus gusanos capaces de curar la enfermedad que pudre los huesos, quedan relegados a último término. Con sus manotas que saben hacerse sutiles y finas a fuerza de amor al prójimo, saca de las cajas, en donde él e Isabel Knight las cuidan especialmente, las masas de larvas para llenar con ellas las heridas de sus niños incurables. Asistentes y enfermeras contemplan con desconfianza y repugnancia la operación. ¿En dónde están la asepsia preconizada por Semmelweis y los antisépticos de Lister? ¿Acaso está loco este gigantón de Baer que parece no recordar siquiera su existencia, y que en su lugar emplea contra la suciedad, el veneno y los microbios, unas larvas mantenidas con el mayor cuidado posible? Bien es verdad que los aficionados a desempolvar los viejos libros en donde se cuenta la historia de la Medicina, han encontrado pasajes referentes a los gusanos vistos en el siglo xvi por Ambrosio Paré en heridas de soldados; a soldados de Napoleón con heridas que mejoraron gracias a unas moscas que volaron sobre ellas, según cuenta el barón de Larrey y a las gangrenas de hospital que el cirujano Zacarías ayudara a combatir por medio de cresas durante la Guerra Civil.

En los primeros tiempos los niños no sabían qué cosa les metía Baer en las heridas; pero más tarde él mismo los informó y hasta les hacía volver un juego la désagradable curación: les daba focos a fin de que alumbraran las cajas en donde se guardaban las larvas y como a éstas no les gusta la luz, se apresuraban a bajar a la herida y a internarse en el hueso enfermo. Apostaban con Baer a cual animalillo bajaría primero, cual si se tratase de carreras de caballos; y cuando no se querían introducir en la herida y cosquilleaban y producían picazón en la piel, Baer ponía colodión para evitar molestias a los niños, pero les decía que así los gusanos correrían como sobre hielo. Y las carcajadas de aquel hombrazo bueno, bueno, bueno, llenaban la sala triste, y los niños reían también y era como si las carcajadas de Baer obligaran a las sombras a meterse en los rincones.

Dice de Kruif en su artículo que Baer no confiaba a nadie sino a sí mismo el ciudado de cambiar los vendajes y poner los gusanos. "Baer, lenta la respiración, el resto del mundo borroso para él, se asomaba a las horribles profundidades de los huesos hechos ruinas de los muchachillos. Cual un extraordinario señor de las regiones infernales, vaciaba larvas en las infeccionadas regiones".

"Lo que presenciaba era maravilloso. Tan pronto como se introducían las cresas parecían sacudirse y al punto se ponían en terrible actividad. Día y noche, sin cansarse nunca, los gusanos arrancaban y comían. Descendían y chupaban masas de microbios, royendo en torno suyo el hueso muerto. Con sobrenatural intuición iban a través del hueso, devoraban la parte muerta, y se detenían en donde el hueso comenzaba a sangrar, es decir, en lo sano..."

Decía Baer con su serio buen humor que las larvas se ponían a comer con tanta gana, que clavaban la cabeza y dejaban la cola en el aire. "Eran como perrillos cachorros alrededor de una escudilla con alimento, pero una escudilla demasiado pequeña para el número de perrillos".

Eran como varitas mágicas estos gusanillos. Tocaban el hueso enfermo y el hueso se ponía bueno y el periostio se disponía para su tarea reconstructiva.

———

Más tarde sobrevienen complicaciones.

Un día el ojo alerta de Baer sorprende unas burbujas en una cochura de larvas que iba a poner en la herida de un niño. Isabel Knight hace un cultivo y encuentra el bacilo que produce la gangrena gaseosa, llamada así por generar un gas. Este gas se enciende al aproximar un fósforo y la gangrena gaseosa es fatal en el hombre.

La enfermera inyecta estos bacilos en las patas traseras de conejillos de Indias; los músculos se inflan con el gas y los animalitos mueren. Repite la operación en otros conejillos, éstos comienzan a inflarse y a ponerse muy mal. Llega Baer con sus gusanos y los mete en las heridas de los conejos y a los pocos días las criaturillas corren y saltan por el patio. Ahora sabe Baer que para curar la gangrena gaseosa que tan a menudo se presenta en los obreros heridos en los accidentes que les ofrece el trabajo, allí están sus larvas. Luego se presenta el tétano en dos adultos en quienes Baer ha introducido sus famosas larvas. Y eran larvas de la misma camada de aquellas que había metido en las heridas de algunos niños de su hospital. Baer se aterroriza y hace sacar todos los gusanos y lavar las heridas. Siguen días de dolorosa expectación. Felizmente nada ocurre.

Baer continúa sus experiencias, pero la fatiga de estos años de vigilia, de observación ansiosa, de lucha con el medio científico que sigue con ojos suspicaces y desconfiados sus experiencias, lo va venciendo. Está tan cansado, que, cuando tarde de la noche deja el hospital para regresar a su casa, se queda dormido antes de que arranque el motor de su automóvil.

En marzo de 1930, unas seis semanas después de la muerte de uno de los adultos atacados de tétano por infección producida por sus queridas larvas, Baer introduce una nueva clase de éstas, conseguidas a fuerza de desvelos y de experiencias, en un niño de once años muy atacado de osteomielitis. Se trata de larvas salidas de unos huevecillos que han pasado por un baño antiséptico antes de abrirse. Luego Isabel Knight les da como primer alimento una comida de su invención, compuesta de hígado, levadura y agar-agar. Y en mayo de 1930 el muchacho está completamente bien.

———

Baer es llamado a hacer una exposición de sus experiencias ante un Congreso de Veteranos, hombres torturados durante trece años por la osteomielitis... recuerdo de la guerra llevada a cabo por sostener esta democracia que tan pobre cosa nos parece hoy. ¿Podría Baer hacer algo por ellos?

Baer habla ante miles de soldados incurables y su palabra sencilla y tosca llena de esperanza los corazones desalentados. Va contando sus experiencias recogidas por la cinta cinematográfica:

"He aquí una herida llena de larvas" dice Baer. "Estas bajan primero, se prenden del hueso muerto y no dejan de comer sino cuando el hueso sangra. Todas trabajan hasta que limpian completamente el campo, luego toman un pedazo de hueso y lo traen como diciendo que aquí tenemos esta cosa muerta de la cual se han apoderado".

Baer continúa: "Esta es una niña que tenía una doble fractura y osteomielitis en todo el hueso del muslo. Ustedes pueden ver la gran herida en el medio del muslo lo mismo que la parte superior e inferior del muslo posterior. Hubo que abrir el hueso en ambos lados". El ruido del proyector parece subrayar las palabras de Baer. "Ustedes pueden darse cuenta" prosigue, "de que no solamente hicimos desaparecer la infección, sino que dejamos el hueso tan sano y fuerte, que ella puede ahora caminar perfectamente". (Baer habla como si él también fuese uno de aquellos feos gusanillos).

Ahora la cinta presenta un niño con una tuberculosis en el fémur y en la articulación de la cadera. "Aquí está su pierna .. toda comida en el interior..." Cuando los veteranos abandonan el recinto llevan en el pensamiento una lucecita que asoma por los ojos y les ilumina el rostro.

Pero un día los gusanitos de Baer no tuvieron la visita de su colaborador y amigo. Es que Baer había muerto repentinamente de una hemorragia cerebral.

Ahora en el Hospital de Niños de Baltimore sólo quedan su noble memoria y su hermoso retrato. ¿Habrán continuado curando allí la osteomielitis con las cresas de la moscarda?

Hay entre los médicos, amigos y enemigos del procedimiento del doctor Baer. Los cirujanos que han usado las larvas, después de la muerte de aquél, se muestran entusiastas con el método. El Gobierno de los Estados Unidos inició no hace mucho tiempo, una cría en grande de estas larvas de Baer y lo mismo ha hecho el Hospital Naval de Washington. Y una gran casa de productos farmacéuticos envía al cirujano que lo solicite, por correo aéreo, tubos con larvas esterilizadas.

Carmen Lyra

Mayo 8 de 1932.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o.am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Sarmiento

Discurso pronunciado por el Presidente del C. N. de E., Dr. Juan B. Terán, el 11 de setiembre de 1931, Día del Maestro, en la inauguración de la Escuela Ignacio Fermín Rodríguez, el maestro de Sarmiento.

De *Asociación Pro-Maestros de Escuela*. Bs. Aires



Sarmiento

Recordaremos aquí que la única inscripción pedida por Sarmiento antes de morir y que se halla en su tumba, en un hermoso bajo relieve del escultor de Pol, dice como símbolo de la acción de toda su vida:

Una América libre con dioses, lengua y ríos libres para todos.

Hemos creído que no podíamos celebrar más dignamente el Día del Maestro que honrando la memoria de Ignacio Fermín Rodríguez, el maestro de Sarmiento. Realizamos así el voto que Sarmiento no pudo realizar: «no he de morir, dijo, sin que mi patria cumpla el sagrado deber de recordar sus ejemplares servicios».

Debemos la iniciativa de dar a una escuela de Buenos Aires el nombre de Ignacio Fermín Rodríguez al profesor Porfirio Fariña Núñez, suyo es el derecho de hacer hoy el elogio del personaje que ha exhumado.

Mío es el privilegio inmerecido de presidir esta fiesta, como director de la instrucción primaria, en cuya historia se ha inscripto el 11 de septiembre como una fecha central, puesto que ha sido consagrado a Sarmiento.

Pero si presido la ceremonia por título oficial, participo de ella con mi sentimiento más cálido y mi pensamiento más íntimo. He venido alegremente a lograr la oportunidad que me ofrece el desempeño de una función pública bien sea transitoria, para recordar la figura epónima de la educación en América.

Es una fortuna para un país la unanimidad de devoción por un hombre, porque así se convierte en un nuevo lazo que afirma los naturales que hacen su unidad.

¿Por qué hemos consagrado a este hombre rudo, francote, que era Sarmiento, pendenciero hasta parecer atrabiliario, como el maestro por excelencia, cuando la idea de maestro sugiere naturalmente la imagen de un ser dulce, clemente, hasta ser paternal?

Es que Sarmiento fué esencialmente un maestro. No el maestro académico de las Sorbonas, sino el maestro diagnóstico y creador de una civilización. Era llano, sincero, crudo, desbordante, efusivo y éste es su primer rasgo magistral. Con ese material se hace la llave con que se abre la puerta de los espíritus, es decir, se realiza el paso indispensable para llegar a ser maestro.

El segundo rasgo consiste en que deje reconocer inmediatamente su desinterés. Sarmiento fué apostólico, y he ahí por qué su egolatría no nos choca. Siendo que nada perdonamos menos los humanos ni tenemos como prueba mayor de vulgaridad de espíritu que hablar de uno mismo, la vanidad de Sarmiento no nos aleja de él ni nos hiere, porque era un afán por conservarse entero para no disminuir lo que quería dar al país. Exaltándose a sí propio exaltaba la misión que quería cumplir de educar, de civilizar, de crear. El altruísmo capital, fervoroso de Sarmiento, lo limpia de su vanidad y funda nuestra admiración, que está por encima de la simpatía.

Una manera indirecta, desviada de actuar, es un tercer rasgo de la categoría espiritual que se llama «alma de maestro», y que el primer maestro de todos, Sócrates, teorizó y practicó. Era lo que llamaba «eironeia». Consiste en hacer blanco en línea curva, o mejor, en hacer creer al blanco que es él quien va a la flecha y no que fué alcanzado por ella. El maestro verdadero hace que el discípulo sienta nacer de sí mismo las ideas. Las semillas revientan sus gérmenes ignorando que el horticultor tundió la tierra y acudió con abono para que eso sucediera. Es el parteo que decía Sócrates—ayudar a las simientes para caminar hacia la luz.—Pero no un pasivo interventor como quieren pedagogías nuevas, sino un partero que fuera también padre.

Por este último rasgo del «alma de maestro» es que suelen ser procedimientos favoritos para llegar al alumbramiento deseado, la exageración, la contradicción, hasta el error, voluntarios. Equivocarse, retroceder, dudar intencionadamente, son recursos que Pestalozzi aconsejaba y todo maestro ha encontrado sin que se lo digan.

He aquí una anécdota inédita—o anécdota simplemente, ya que eso significa inédito.—Llegaba a Tucumán ya herido de muerte. Su dolencia podía impedirle todo menos visitar escuelas. Fuese a la Escuela Normal. Le tocó asistir a una clase de Historia Natural qne dictaba el benemérito profesor don Inocencio Liberani, a quien debo el relato. Explicaba los huesos de la cabeza: enumeraba las clases de dientes y sus sendas funciones. Sarmiento interrumpió la explicación para dirigirse a las alumnas. No estaba conforme con las ideas del profesor. Para él los caninos tenían un papel que no se había recordado. ¿Para qué sirven esos dientes a las mujeres?, preguntó. Desconcertadas las niñas, ninguna acertó a dar una respuesta satisfactoria. Obligado a dársela a sí mismo, Sarmiento dijo:—Sirven los caninos a la mujer para cortar el hilo de coser cuando se ha acabado la costura. El profesor y la clase celebraron la salida como una genialidad, pero ella revelaba enteramente al maestro. Diciendo una inexactitud daba una lección preciosa. Estoy seguro de que ninguna de las alumnas que oyó a Sarmiento aquella vez tuvo lección mejor sobre el papel de la mujer en la vida.

Hijo de doña Paula Albarracín, repetía la enseñanza que había dado desde las páginas de «Recuerdos de Provincia», de la sabiduría y de trabajo domésticos que construyeron una casa con varas de lienzo, sostuvieron su familia hilando, tejiendo, tiñendo telas, cosechando frutos y legumbres en un huerto tan grande como un pañuelo.

Es el momento de completar aquello que decíamos de su brusquedad, de su intemperancia. Porque este Polifemo tenía ternuras abundantes. Sus manotas sabían tejer la seda de las caricias, los ojos centellantes del apóstrofe y del sarcasmo gustaban del baño de las lágrimas.

¿Quién ha escrito páginas de dulzura y quietud hogareña iguales a las de «Recuerdos de Provincia»?

He ahí el rasgo definitivo del maestro: la capacidad para amar las formas frágiles de la vida, y entre ellas los niños, la más preciosa.

Pero entendámonos: no era un sensiblero romántico.

Ya sabemos que así como gustaba premiar, gustaba castigar, y es conocida su anotación marginal en un libro que condenaba fieramente los castigos, «así será, pero una *soba* dada a tiempo, no nos ha venido mal a ninguno».

La idea de Sarmiento no ha sido del todo abandonada. Hace pocos años, visitaba Etton College, donde se educan los hombres que gobiernan el Imperio Británico, y el mayordomo me mostró guardadas en un armario las varillas de manzano que usan los maestros para enseñar a los niños que no deben mentir.

No era romántica su pedagogía y no creía que lo mejor que puede hacerse con los niños es dejar crecer libremente su espontaneidad.

No era, pues, un discípulo de Rousseau ni un precursor de la Montessori. No habría dicho lo que ésta acaba de decir en París: «El niño de la educación nueva presenta espontáneamente caracteres semejantes a aquellos que uno se esfuerza en producir por la educación». No creía tampoco como Dewey que había que anticipar en la escuela el ambiente real que encontrará el niño en la vida, y que la educación consiste en dejarlo que haga su ensayo en el mundo.

No, al contrario. Sarmiento le temblaba a los instintos, porque los había visto pasearse ensangrentados por todo el país. Había que domarlos. Es una desgracia, decía, que no tengamos ideólogos, porque así son contados quienes harán frente a los instintos.

Mann, tiñó su espíritu de practicismo, pero a pesar de su amor por lo concreto no fué un adorador ni del hecho ni de la utilidad en la enseñanza. No fué un pragmático como Alberdi. Quería que la enseñanza secundaria, por ejemplo, no fuera meramente preparatoria sino cultural, es decir, sostenía la verdad que debemos hoy defender tenazmente para enervar el empeño practicista que se predica.

Era un espiritualista. Creía en Dios y en la libertad moral. Su pasión por la escuela estaba fundada en que la libertad moral ponía inmensas posibilidades en manos del maestro, es decir, que el niño no está preformado y su destino depende en gran medida de la escuela. Renunciar a esa esperanza es contrario a la experiencia y a la filosofía. El ejemplo y la acción del maestro son el testimonio acabado del privilegio humano de poder ser artesano de otras vidas. ¡Qué magnetismo admirable el de la vida humana! ¡Cómo atrae, cómo se insinúa una vida en otras vidas, cómo es una invitación imperiosa a entrar con ella en una danza armoniosa!

La influencia de un gran maestro tiene su imagen en los árboles que crecen en las laderas montañosas de la tierra donde he nacido. Sus ramas se inclinan hacia el sudeste por el viento contralisio que sopla todas las noches. En las mañanas más quietas y doradas del otoño las ramas siguen inclinadas bajo el impulso de un viento imaginario. Esa fuerza extraña a su naturaleza ha igualado a la propia naturaleza.

El gesto, el ademán, una pregunta, una pausa, tienen una fuerza extraña y mágica. A veces el acto es tan fugitivo como una mirada y sin embargo vivimos bajo su influjo la vida entera.

He ahí por qué el maestro es lo esencial y por qué necesitamos tanto del buen maestro. Por eso bien está, señores, que la Nación le consagre un día de agradecimiento y congratulación. Y es por eso que, a nombre del Consejo Nacional de Educación, saludo a los maestros del país y los invito a dedicar un instante todos los días para repetirse que no es una metáfora decir que tienen entre sus dedos el hilo de muchos destinos.

Si la sinceridad en el servicio por un ideal se prueba por la capacidad para sufrir por él, quiera creer que nada iguala a la sinceridad de la devoción con que hemos servido y servimos la causa de la instrucción popular, porque ha sido duro y doloroso el esfuerzo que nos han impuesto las circunstancias en este breve período que toca a su fin del actual Consejo de Educación. Ha ceñido, ha podado, ha cortado, para devolver a la escuela primaria la salud que sólo dan el orden y la justicia, leyes esenciales de la inteligencia y del mundo moral.

Estimulados por el apoyo y el ejemplo del señor Presidente del Gobierno Provisional de la Nación, honrados con su solidaridad, no hemos sentido la reata de compromisos ni de intereses, puestos los ojos en el porvenir y el corazón en la patria.

Imprenta LA TRIBUNA